

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Burzee (1/22)

¿Has oído hablar del gran bosque de Burzee? La enfermera solía cantar sobre él cuando yo era niño. Hablaba de los grandes troncos de los árboles, muy juntos, con las raíces entrelazadas bajo la tierra y las ramas por encima de ella; de su áspera corteza y de sus extrañas y nudosas ramas; del tupido follaje que cubría todo el bosque, excepto donde los rayos del sol encontraban un camino por el que tocar el suelo en pequeños puntos y proyectar extrañas y curiosas sombras sobre los musgos, los líquenes y los montones de hojas secas.

El bosque de Burzee es poderoso, grandioso e impresionante para aquellos que se escabullen bajo su sombra. Cuando uno se adentra en sus laberintos desde las praderas iluminadas por el sol, al principio parece sombrío, luego agradable y, más tarde, repleto de placeres interminables.

Durante cientos de años ha florecido en toda su magnificencia, el silencio de su recinto intacto salvo por el parloteo de las ardillas, el gruñido de las fieras y el canto de los pájaros.

Sin embargo, Burzee tiene sus habitantes. Al principio, la naturaleza lo pobló de Hadas, Pajaritos, Ryls y Ninfas. Mientras el bosque siga en pie, será un hogar, un

refugio y un patio de recreo para estos dulces
inmortales, que se deleitan sin ser molestados en sus
profundidades.

La civilización nunca ha llegado a Burzee. Me pregunto
si llegará algún día.



Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El Niño del Bosque (2/22)

Una vez, hace tanto tiempo que nuestros bisabuelos apenas pudieron oírlo mencionar, vivía en el gran bosque de Burzee una ninfa llamada Necile. Estaba emparentada con la poderosa Reina Zurline, y su hogar se hallaba en la extensa sombra de un gran roble. Una vez al año, el Día de la Brotación, cuando los árboles brotan, Necile acerca el Cáliz Dorado de Ak a los labios de la Reina, que bebe de él para la prosperidad del Bosque. Como ven, era una ninfa de cierta importancia y, además, se dice que era muy apreciada por su belleza y su gracia. Cuándo fue creada, no podría haberlo dicho; la Reina Zurline no podría haberlo dicho; el gran Ak en persona no podría haberlo dicho. Fue hace mucho tiempo, cuando el mundo era nuevo y se necesitaban ninfas para proteger los bosques y atender las necesidades de los árboles jóvenes. Entonces, en un día que no se recuerda, Necile vio la luz, radiante, hermosa, recta y esbelta como el retoño que debía proteger.

Su pelo era del color de las castañas; sus ojos eran azules a la luz del sol y morados a la sombra; sus mejillas florecidas con el tenue rosa que bordea las nubes al atardecer; sus labios rojos, carnosos y dulces. Para vestirse adoptó el color verde hoja de roble; todas las ninfas del bosque visten de ese color y no conocen

otro tan deseable. Sus delicados pies iban calzados con sandalias, mientras que su cabeza permanecía desnuda, sin más cobertura que sus sedosos cabellos.

Las tareas de Necile eran pocas y sencillas. Evitaba que las malas hierbas crecieran bajo sus árboles y minaran el alimento de la tierra que necesitaban sus protegidos. Ahuyentaba a los Gadgols, que se deleitaban volando contra los troncos de los árboles e hiriéndolos para que se desplomaran y murieran por el contacto venenoso. En las estaciones secas, transportaba agua de los arroyos y estanques y humedecía las raíces de sus sedientos dependientes.

Eso fue al principio. Las malas hierbas habían aprendido a evitar los bosques donde habitaban las ninfas del bosque; los repugnantes Gadgols ya no se atrevían a acercarse; los árboles se habían vuelto viejos y robustos y soportaban la sequía mejor que cuando estaban recién brotados. Así, los deberes de Necile se redujeron y el tiempo se hizo más lento, mientras que los años sucesivos se volvieron más tediosos e intranquilos de lo que el alegre espíritu de la ninfa amaba.

A los habitantes del bosque no les faltaba diversión. Cada luna llena, bailaban en el Círculo Real de la Reina. También estaban la Fiesta de las Nueces, el Jubileo de los Tintes de Otoño, la solemne ceremonia de la Muda de las Hojas y el jolgorio del Día del Brote. Pero estos períodos de diversión estaban muy distanciados entre sí y dejaban muchas horas de aburrimiento entre ellos. A las hermanas de Necile no se les ocurrió que una ninfa del bosque se sintiera descontenta. Sólo se le

ocurrió después de muchos años de meditarlo. Pero una vez que se convenció de que la vida era fastidiosa, no tuvo paciencia con su condición y anheló hacer algo de verdadero interés y pasar sus días de maneras hasta entonces inimaginables para las ninfas del bosque. Sólo la Ley del Bosque le impedía salir en busca de aventuras.

Mientras este estado de ánimo pesaba sobre la bella Necile, el gran Ak visitó el bosque de Burzee y permitió que las ninfas del bosque, como era su voluntad, se tumbaran a sus pies y escucharan las sabias palabras que salían de sus labios. Ak es el Maestro de los Bosques del mundo; lo ve todo y sabe más que los hijos de los hombres.

Aquella noche tomó la mano de la Reina, pues amaba a las ninfas como un padre ama a sus hijos; y Necile se echó a sus pies con muchas de sus hermanas y escuchó atentamente sus palabras.

—Vivimos tan felices, haditas mías, en nuestros claros del bosque —dijo Ak, acariciándose la barba canosa, pensativo—, que no sabemos nada del dolor y la miseria que sufren los pobres mortales que habitan los espacios abiertos de la tierra. No son de nuestra raza, es cierto, pero la compasión es propia de seres tan justamente favorecidos como nosotros. A menudo, cuando paso junto a la morada de algún mortal que sufre, siento la tentación de detenerme y desvanecer su miseria. Sin embargo, el sufrimiento, con moderación, es el destino natural de los mortales y no nos corresponde interferir con las leyes de la Naturaleza.

—Sin embargo —dijo la bella Reina, inclinando su dorada cabeza hacia el Maestro de los Bosques—, no sería una vana suposición que Ak haya ayudado a menudo a estos desdichados mortales.

Ak sonrió.

—A veces —respondió—, cuando son muy jóvenes, “niños” los llaman los mortales, me he detenido para rescatarlos de su miseria. No me atrevo a interferir con los hombres y las mujeres; ellos deben soportar con las cargas que la Naturaleza les ha impuesto. Pero los niños indefensos, los hijos inocentes de los hombres, tienen derecho a ser felices hasta que crezcan y puedan soportar las pruebas de la humanidad. Por eso creo que está justificado que los ayude. No hace mucho, un año tal vez, encontré a cuatro pobres niños acurrucados en una choza de madera, muriéndose lentamente de frío. Sus padres habían ido a un pueblo vecino en busca de comida y habían dejado un fuego para calentar a sus pequeños mientras ellos estaban ausentes. Pero se levantó una tormenta y la nieve se interpuso en su camino, por lo que tardaron mucho en llegar. Mientras tanto, el fuego se apagó y la escarcha se metió en los huesos de los niños que esperaban.

—¡Pobrecitos! —murmuró la Reina en voz baja—. ¿Qué hiciste?

—Llamé a Nelko, pidiéndole que trajera leña de mi bosque y respirara sobre ella hasta que el fuego volvió a arder y calentó la pequeña habitación donde yacían los niños. Entonces dejaron de temblar y se durmieron hasta que llegaron los padres.

—Me alegro de que lo hicieras —dijo la buena Reina, radiante sobre el Maestro; y Necile, que había escuchado con atención cada palabra, se hizo eco en un susurro:

—¡Yo también me alegro!

—Y esta misma noche —continuó Ak—, al llegar a la orilla de Burzee, oí un débil llanto, que juzgué que provenía de un bebé humano. Miré a mi alrededor y encontré, cerca del bosque, un bebé indefenso, tumbado desnudo sobre el césped y llorando lastimosamente. No muy lejos, protegida por el bosque, estaba agazapada Shiegra, la leona, decidida a devorar al bebé para su cena.

—¿Y qué hiciste Ak? — preguntó la Reina sin aliento.

—No mucho, pues tenía prisa por saludar a mis ninfas. Pero le ordené a Shiegra que se acostara cerca del

bebé y le diera su leche para calmar su hambre. Y le dije que hiciera correr la voz por todo el bosque, a todas las bestias y reptiles, para que el niño no sea lastimado.

—Me alegro de que lo hicieras —dijo la buena Reina otra vez, en tono de alivio; pero esta vez Necile no se hizo eco de sus palabras, pues la ninfa, llena de una extraña resolución, se había alejado repentinamente del grupo.



Su ágil figura recorrió velozmente los senderos del bosque hasta llegar al borde del poderoso Burzee, cuando se detuvo a mirar con curiosidad a su alrededor. Nunca antes se había aventurado tan lejos, pues la Ley del Bosque había colocado a las ninfas en sus profundidades.

Necile sabía que estaba quebrantando la Ley, pero ese pensamiento no hizo que sus delicados pies se detuvieran. Había decidido ver con sus propios ojos al niño del que les había hablado Ak, pues nunca había visto a un hijo de hombre. Todos los inmortales son adultos; no hay niños entre ellos. Mirando a través de los árboles, Necile vio al niño tendido sobre el césped. Pero ahora dormía dulcemente, reconfortado por la leche extraída de Shiegra. No era lo bastante mayor para saber lo que significa el peligro; si no sentía hambre, estaba contento.

Suavemente, la ninfa se acercó al niño y se arrodilló sobre el césped, con su larga túnica de color rosa que se extendía a su alrededor como una nube de gasa. Su hermoso semblante expresaba curiosidad y sorpresa, pero, sobre todo, una piedad tierna y femenina. El bebé era recién nacido, regordete y rosado. Estaba completamente indefenso. Mientras la ninfa miraba, el niño abrió los ojos, le sonrió y extendió dos brazos con hoyuelos. Al instante siguiente, Necile lo había tomado en sus brazos y corría con él por los senderos del bosque.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: La adopción (3/22)

El Maestro de los Bosques se levantó de repente con las cejas fruncidas.

—Hay una presencia extraña en el Bosque —declaró. Entonces la Reina y sus ninfas se volvieron y vieron ante ellas a Necile, con el niño dormido entre sus brazos y una mirada desafiante en sus profundos ojos azules.

Y así permanecieron un momento, las ninfas llenas de sorpresa y consternación, pero el ceño del Maestro de los Bosques se fue despejando poco a poco mientras contemplaba atentamente a la hermosa inmortal que había quebrantado la Ley. Entonces el gran Ak, ante el asombro de todos, posó suavemente su mano sobre los mechones de Necile y la besó en su hermosa frente.

—Por primera vez en mi conocimiento —dijo él, gentilmente—, una ninfa me ha desafiado a mí y a mis leyes; sin embargo, en mi corazón no encuentro palabras de regaño. ¿Cuál es tu deseo, Necile?

—¡Déjame quedarme al niño! —respondió, empezando a temblar y cayendo de rodillas en señal de súplica.

—¿Aquí, en el Bosque de Burzee, donde la raza humana nunca ha penetrado? —preguntó Ak.

—Aquí, en el Bosque de Burzee —respondió la ninfa con valentía—. Este es mi hogar, y estoy cansada por la falta de ocupación. ¡Déjame cuidar al bebé! Mira lo

débil e indefenso que está. Seguro que no puede hacer daño a Burzee ni al Maestro de los Bosques del Mundo.

—¡Pero la Ley, niña, la Ley! —gritó Ak con severidad.

—La Ley está hecha por el Maestro de los Bosques — respondió Necile —; si él me ordena que cuide del bebé que él mismo ha salvado de la muerte, ¿quién en todo el mundo se atrevería a oponerse?

La Reina Zurline, que había escuchado atentamente esta conversación, aplaudió alegremente la respuesta de la ninfa.

—¡Estás bastante atrapado, Ak!

—exclamó riendo—. Ahora, te lo ruego, presta atención a la petición de Necile.

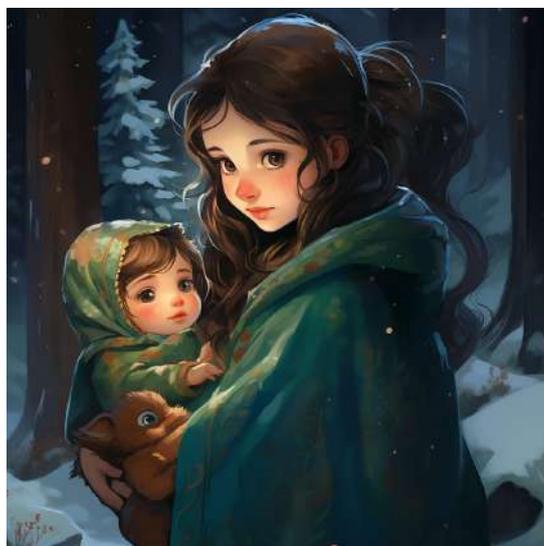
El Maestro de los Bosques, como era de costumbre cuando estaba pensativo, se acarició lentamente la barba blanca.

Entonces dijo:

—Ella se quedará con el bebé, y yo le daré mi protección. Pero

les advierto a todos que, así como esta es la primera vez que flexibilizo la Ley, será la última. Nunca más, hasta el fin del Mundo, un mortal será adoptado por un inmortal. De lo contrario, abandonaríamos nuestra feliz existencia por una de problemas y ansiedad. Buenas noches, ninfas mías.

Entonces Ak desapareció entre ellas, y Necile se apresuró a ir a su casita para regocijarse con su nuevo tesoro.



Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Claus (4/22)

Tiempo después, la casita de Necile era el lugar más popular del bosque. Las ninfas se agrupaban en torno a ella y al niño que dormía en su regazo, con expresiones de curiosidad y deleite. Tampoco les faltaban alabanzas por la amabilidad del gran Ak al permitir que Necile se quedara con el bebé y lo cuidara. Incluso la Reina se acercó a contemplar el inocente rostro infantil y a sostener un indefenso y regordete puño en su hermosa mano.

—¿Cómo lo llamaremos, Necile? —preguntó sonriendo—. Debe tener un nombre, ya sabes.

—Lo llamaremos Claus —respondió Necile—, porque significa “pequeño”.

—Mejor que se llame Neclaus —respondió la Reina—, porque eso significará “el pequeño de Necile”.

Las ninfas aplaudieron encantadas, y Neclaus se convirtió en el nombre del niño, aunque a Necile le gustaba más llamarlo Claus, y en los días siguientes muchas de sus hermanas siguieron su ejemplo.

Necile recogió el musgo más suave de todo el bosque para que Claus se tumbara en él, y le hizo la cama en su propia choza. No le faltó comida. Las ninfas buscaron en el bosque las ubres de las campanillas, que crecen en el árbol de goa y cuando se abren están llenas de dulce

leche. Y las hembras de ojos suaves daban de buena gana una parte de su leche para alimentar al pequeño forastero, mientras que Shiegra, la leona, a menudo se arrastraba sigilosamente hasta la choza de Necile y ronroneaba suavemente mientras se tumbaba junto al bebé y lo alimentaba.

Así, el pequeño floreció y se hizo grande y robusto día a día, mientras Necile le enseñaba a hablar, a caminar y a jugar.

Sus pensamientos y palabras eran dulces y amables, pues las ninfas no conocían el mal y sus corazones eran puros y amorosos. Se convirtió en la mascota del bosque, pues el decreto de Ak había prohibido que bestias o reptiles lo molestaran, y caminaba sin miedo por donde su voluntad lo guiaba.

Pronto llegó a oídos de los demás inmortales la noticia de que las ninfas de Burzee habían adoptado a un niño humano, y que el acto había sido sancionado por el gran Ak. Por ello, muchas de ellas acudieron a visitar al pequeño forastero, mirándolo con mucho interés. En primer lugar, los Ryls, que son primos hermanos de las ninfas del bosque, aunque de forma muy diferente. Pues los Ryls deben vigilar las flores y las plantas, como las ninfas vigilan los árboles del bosque. Buscan por todo el mundo el alimento que necesitan las raíces de las plantas en flor, mientras que los brillantes colores de las flores se deben a los tintes que los Ryls depositan en la tierra y que pasan por las pequeñas venas de las raíces y el cuerpo de las plantas cuando alcanzan la madurez. Los Ryls son gente muy ocupada, pues sus flores florecen y

se marchitan continuamente, pero son alegres y despreocupados y gozan de gran popularidad entre los demás inmortales.

Después vinieron los Knooks, cuyo deber es vigilar a las bestias del mundo, tanto mansas como salvajes. Los Knooks la tienen difícil, ya que muchas de las bestias son ingobernables y se rebelan contra el control. Pero, al fin y al cabo, saben cómo manejarlas, y descubrirás que ciertas leyes de los Knooks son obedecidas incluso por los animales más feroces. Sus ansiedades hacen que los Knooks parezcan viejos, desgastados y torcidos, y sus naturalezas son un poco ásperas por asociarse continuamente con criaturas salvajes; sin embargo, son muy útiles para la humanidad y para el mundo en general, ya que sus leyes son las únicas que las bestias del bosque reconocen, excepto las del Maestro de los Bosques.

Luego estaban las Hadas, las guardianas de la humanidad, que estaban muy interesadas en la adopción de Claus porque sus propias leyes les prohibían familiarizarse con sus cargas humanas. Hay casos registrados en los que las Hadas se han mostrado a los seres humanos, e incluso han conversado con ellos; pero se supone que guardan las vidas de la humanidad sin ser vistas ni conocidas, y si favorecen a algunas personas más que a otras es porque éstas se han ganado tal distinción con justicia, ya que las Hadas son muy justas e imparciales. Pero nunca se les había ocurrido la idea de adoptar a un hijo de los hombres, porque se oponía en todo a sus leyes; de modo que su curiosidad era

intensa al contemplar al pequeño forastero adoptado por Necile y sus ninfas hermanas.

Claus miraba a los inmortales que se agolpaban a su alrededor con ojos audaces y labios sonrientes. Cabalgaba risueño sobre los hombros de los alegres Ryls; tiraba con picardía de las barbas grises de los Knooks de baja estatura; apoyaba con confianza su rizada cabeza en el delicado pecho de la



mismísima Reina de las Hadas. Y a los Ryls les encantaba el sonido de su risa; a los Knooks, su valentía; a las Hadas, su inocencia.

El niño se hizo amigo de todos ellos y aprendió a conocer íntimamente sus leyes. Ninguna flor del bosque fue pisoteada bajo sus pies, no fuera a ser que los amistosos Ryls se entristecieran. Nunca interfería con las bestias del bosque, no fuera a ser que sus amigos los Knooks se enfadaran. Amaba entrañablemente a las Hadas, pero, como no sabía nada de la humanidad, no podía comprender que él fuera el único de su raza admitido a mantener relaciones amistosas con ellas.

De hecho, Claus llegó a considerar que sólo él, de entre todos los habitantes del bosque, no tenía iguales ni semejantes.

Y era feliz y estaba contento.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El Maestro de los Bosques (5/22)

Los años pasan deprisa en Burzee, porque las ninfas no necesitan considerar el tiempo de ninguna manera. Ni siquiera los siglos cambian a las delicadas criaturas; siempre son las mismas, inmortales e inmutables.

Claus, sin embargo, siendo mortal, se fue haciendo hombre día a día. Necile se inquietó al ver que era demasiado grande para tumbarse en su regazo y que deseaba comer algo más que leche. Sus robustas patas lo llevaron lejos, al corazón de Burzee, donde recogió nueces y bayas, así como varias raíces dulces y sanas, que le sentaban mejor al estómago que las campanillas. Cada vez buscaba con menos frecuencia la choza de Necile, hasta que finalmente se acostumbró a volver allí sólo para dormir.

La ninfa, que había llegado a amarlo entrañablemente, se quedó perpleja al comprender el cambio de naturaleza de su protegido, e inconscientemente alteró su propio modo de vida para ajustarse a sus caprichos. Lo seguía con facilidad por los senderos del bosque, al igual que muchas de sus hermanas ninfas, explicándole mientras caminaban todos los misterios del gigantesco

bosque y los hábitos y la naturaleza de los seres vivos que moraban bajo su sombra.

El lenguaje de las bestias se hizo claro para el pequeño Claus, pero nunca pudo entender su temperamento hosco y malhumorado. Sólo las ardillas, los ratones y los conejos parecían tener un carácter alegre y jovial; sin embargo, el niño se reía cuando la pantera rugía, y acariciaba el lustroso pelaje del oso mientras la criatura gruñía y enseñaba los dientes amenazadoramente. Los gruñidos y rugidos no eran para Claus, bien lo sabía él, así que ¿qué importaban?

Podía cantar las canciones de las abejas, recitar la poesía de las flores del bosque y relatar la historia de cada búho parpadeante de Burzee.

Ayudaba a los Ryls a alimentar sus plantas y a los Knooks a mantener el orden entre los animales. Los pequeños inmortales lo consideraban un privilegiado, especialmente protegido por la reina Zurline y sus ninfas y favorecido por el mismísimo gran Ak.

Un día, el Maestro de los Bosques regresó al bosque de Burzee. Había visitado, a su vez, todos sus bosques por el mundo, y eran muchos y amplios.

Hasta que no entró en el claro donde la Reina y sus ninfas estaban reunidas para saludarlo, Ak no recordó al niño que había permitido adoptar a Necile. Entonces



encontró, sentado familiarmente en el círculo de bellas inmortales, a un joven de hombros anchos y robusto que, erguido, era tan alto como el hombro del propio Maestro. Ak se detuvo, silencioso y ceñudo, para dirigir su penetrante mirada a Claus. Los ojos claros se encontraron con los suyos con firmeza, y el Maestro dio un suspiro de alivio al ver sus plácidas profundidades y leer el corazón valiente e inocente del joven. Sin embargo, mientras Ak se sentaba al lado de la hermosa Reina y el cáliz de oro, lleno de raro néctar, pasaba de labio en labio, el Maestro de los Bosques se mostraba extrañamente silencioso y reservado, y se acariciaba la barba muchas veces con un movimiento pensativo. Por la mañana llamó a Claus a un lado, amablemente, diciendo:

—Despídete por un tiempo de Necile y sus hermanas; porque me acompañarás en mi viaje por el mundo. La aventura agradó a Claus, que conocía bien el honor de ser compañero del Maestro de los Bosques del mundo. Pero Necile lloró por primera vez en su vida, y se aferró al cuello del niño como si no pudiera soportar dejarlo marchar. La ninfa que había sido madre de aquel robusto joven seguía siendo tan delicada, encantadora y hermosa como cuando se atrevió a enfrentarse a Ak con el niño abrazado a su pecho; ni su amor era menos grande. Ak contempló a los dos abrazados, al parecer como hermano y hermana el uno del otro, y de nuevo se quedó pensativo.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Claus descubre la humanidad (6/22)

Llevando a Claus a un pequeño claro del bosque, el Maestro dijo:

—Pon tu mano en mi cinturón y sujétalo mientras viajamos por el aire; porque ahora rodearemos el mundo y veremos muchas de las moradas de aquellos hombres de los que descienes.

Estas palabras maravillaron a Claus, pues hasta entonces se había creído el único de su especie sobre la tierra; sin embargo, en silencio, agarró firmemente el cinturón del gran Ak, pues su asombro le impedía hablar.

Entonces, el vasto bosque de Burzee pareció desprenderse de sus pies, y el joven se encontró atravesando velozmente el aire a gran altura.

En poco tiempo se vieron torres bajo ellos y edificios de muchas formas y colores. Era una ciudad de hombres, y Ak, deteniéndose para descender, condujo a Claus hasta su recinto. Dijo el Maestro:

—Mientras te aferres a mi cinturón permanecerás invisible para toda la humanidad, aunque tú mismo te veas claramente. Soltar tu agarre será separarte para siempre de mí y de tu hogar en Burzee.

Una de las primeras leyes del Bosque es la obediencia, y Claus no pensó en desobedecer el deseo del Maestro. Se aferró con fuerza al cinturón y permaneció invisible. A partir de entonces, a cada momento que pasaba en la ciudad, aumentaba el asombro del joven. Él, que se había supuesto a sí mismo creado de forma diferente a todos los demás, ahora encontraba la tierra plagada de criaturas de su misma especie.

—En efecto —dijo Ak—, los inmortales son pocos; pero los mortales son muchos.

Claus miró seriamente a sus compañeros. Había caras tristes, caras alegres y temerarias, caras agradables, caras ansiosas y caras amables, todas mezcladas en un desconcertante desorden. Algunos trabajaban en tareas tediosas; otros se pavoneaban con arrogancia; algunos estaban pensativos y serios, mientras que otros parecían felices y contentos. Había hombres de muchas naturalezas, como en todas partes, y Claus encontró mucho que le agradaba y mucho que le entristecía. Pero sobre todo se fijó en los niños, primero con curiosidad, luego con impaciencia y después con cariño. Niños harapientos se revolcaban en el polvo de las calles, jugando con polvo y guijarros. Otros niños, alegremente vestidos, eran acunados en cojines y alimentados con ciruelas. Sin embargo, a Claus le pareció que los hijos de los ricos no eran más felices que los que jugaban con el polvo y los guijarros.

—La infancia es la época de mayor satisfacción del hombre —dijo Ak, siguiendo los pensamientos del joven—.

Es durante estos años de placer inocente cuando los pequeños están más libres de cuidados.

—Dime —dijo Claus—, ¿por qué no les va igual a todos estos bebés?

—Porque han nacido tanto en una casa de campo como en un palacio —respondió el Maestro—. La diferencia en la riqueza de los padres determina la suerte del niño. A algunos se los cuida con esmero y se los viste con sedas y linos delicados; a otros se los descuida y se los cubre de harapos.

—Sin embargo, todos parecen igualmente bellos y dulces —dijo Claus pensativo.

—Mientras son bebés, sí —coincidió Ak—. Su alegría es estar vivos, y no se paran a pensar. Al cabo de los años, la desgracia de la humanidad los alcanza, y descubren que deben luchar y preocuparse, trabajar y preocuparse, para obtener la riqueza que tanto aprecia el corazón de los hombres. Tales cosas son desconocidas en el Bosque donde te criaste. Claus guardó silencio un momento. Luego preguntó:

—¿Por qué me crie en el bosque, entre los que no son de mi raza?

Entonces Ak, con voz suave, le contó la historia de su infancia; cómo había sido abandonado en los límites del bosque y dejado presa de las bestias salvajes, y cómo la amorosa ninfa Necile lo había rescatado y llevado a la edad adulta bajo la protección de los inmortales.

—Pero yo no soy uno de ellos —dijo Claus pensativo.

—Tú no eres uno de ellos —respondió el Maestro de los Bosques—. La ninfa que te cuidó como una madre parece

ahora una hermana para ti; dentro de poco, cuando envejecas y encanezcas, parecerá una hija. Otro breve lapso más y no serás más que un recuerdo, mientras que ella seguirá siendo Necile.

—Entonces, si el hombre debe perecer, ¿por qué nace? — preguntó el niño.

—Todo parece excepto el mundo mismo y sus guardianes —respondió Ak—. Pero, mientras dura la vida todo en la tierra tiene su utilidad. Los sabios buscan formas de ser útiles al mundo, pues los útiles seguro que vuelven a vivir.

Claus no llegó a entenderlo del todo, pero sintió el deseo de ayudar a sus compañeros y permaneció serio y pensativo mientras reanudaban el viaje.

Visitaron muchas moradas de hombres en muchas partes del mundo, viendo a los campesinos fatigarse en los campos, a los guerreros lanzarse a crueles batallas y a los mercaderes intercambiar sus mercancías por trozos de metal blanco y amarillo. Y en todas partes los ojos de Claus buscaban a los niños con amor y compasión, pues el recuerdo de su propia infancia indefensa era fuerte en su interior y anhelaba ayudar a los pequeños inocentes de su raza igual que él había sido socorrido por la bondadosa ninfa.

Día tras día, el Maestro de los Bosques y su discípulo recorrían la tierra, Ak hablaba pocas veces con el joven que se aferraba firmemente a su faja, pero lo guiaba a todos los lugares donde podía familiarizarse con la vida de los seres humanos.

Y por fin regresaron al viejo y grandioso bosque de Burzee, donde el Maestro sentó a Claus en el círculo de las ninfas, entre las que la bella Necile lo esperaba ansiosamente.

La frente del gran Ak estaba ahora tranquila y en paz; pero la de Claus se había cubierto de profundos pensamientos. Necile suspiró al ver el cambio en su hijo adoptivo, que hasta entonces había estado siempre alegre y sonriente, y le vino el pensamiento de que nunca más la vida del niño volvería a ser la misma que antes de este azaroso viaje con el Maestro.



Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Claus deja el Bosque (7/22)

Cuando la buena Reina Zurline hubo tocado el cáliz de oro con sus bellos labios y éste pasó alrededor del círculo en honor del regreso de los viajeros, el Maestro de los Bosques del Mundo, que aún no había hablado, volvió su mirada franca hacia Claus y dijo:

—¿Y bien?

El niño comprendió y se levantó lentamente junto a Necile. Una sola vez sus ojos recorrieron el familiar círculo de ninfas, a cada una de las cuales recordaba como una cariñosa camarada; pero las lágrimas vinieron sin querer a oscurecer su vista, así que a partir de entonces miró fijamente al Maestro.

—He sido un ignorante —dijo simplemente— hasta que el gran Ak, en su bondad, me enseñó quién y qué soy. Ustedes, que viven tan dulcemente en los bosques, siempre hermosos, jóvenes e inocentes, no son compañeros adecuados para un hijo de la humanidad. Porque he mirado a los hombres, y los he encontrado condenados a vivir por un breve espacio de tiempo en la tierra, a esforzarse por las cosas que necesitan, a desvanecerse en la vejez y luego a desaparecer como las hojas en el otoño. Sin embargo, cada hombre tiene su

misión, que consiste en dejar el mundo mejor, de alguna manera, de lo que lo encontraron. Soy de la raza de los hombres, y la suerte del hombre es mi suerte. Por tu tierno cuidado del pobre y abandonado bebé que adoptaste, así como por tu amorosa camaradería durante mi niñez, mi corazón rebozará siempre de gratitud. Mi madre adoptiva —aquí se detuvo y besó la blanca frente de Necile—, te amaré y apreciaré mientras viva. Pero debo dejarte, para tomar parte en la interminable lucha a la que la humanidad está condenada, y vivir mi vida a mi manera.

—¿Qué harás? —preguntó la Reina, seriamente.

—Debo dedicarme al cuidado de los niños de los hombres, e intentar que sean felices —respondió—. Ya que tu propio tierno cuidado de un bebé me trajo felicidad y fuerza, es justo y correcto que dedique mi vida al placer de otros bebés. Así, el recuerdo de la amorosa ninfa Necile quedará plantado en los corazones de miles de mi raza durante muchos años, y su bondadoso acto será relatado en canciones e historias mientras el mundo dure. ¿He hablado bien, Maestro?

—Has hablado bien —respondió Ak, y poniéndose de pie continuó—. Sin embargo, no hay que olvidar una cosa. Al haber sido adoptado como hijo del Bosque y compañero de juegos de las ninfas, has obtenido una distinción que te separa para siempre de los de tu especie. Por lo tanto, cuando salgas al mundo de los hombres conservarás la protección del Bosque, y los poderes de los que ahora disfrutas permanecerán contigo para ayudarte en tus labores. En caso de necesidad, puedes

recurrir a las Ninfas, los Ryls, los Knooks y las Hadas, y ellos te servirán con gusto. Yo, el Maestro de los Bosques, lo he dicho, ¡y mi Palabra es la Ley!

Claus miró a Ak con ojos agradecidos.

—Esto me hará poderoso entre los hombres —respondió—. Protegido por estos amables amigos podré hacer felices a miles de niños. Me esforzaré por cumplir con mi deber, y sé que la gente del Bosque me dará su simpatía y ayuda.

—¡Lo haremos! —dijo la Reina de las Hadas, muy seria.

—¡Lo haremos! —gritaron los alegres Ryls, riendo.

—¡Lo haremos! —gritaron los torcidos Knooks, frunciendo el ceño.

—¡Lo haremos! —exclamaron las dulces ninfas orgullosas. Pero Necile no dijo nada. Sólo abrazó a Claus y lo besó con ternura.

—El mundo es grande —continuó el niño, volviéndose de nuevo hacia sus leales amigos—, pero los hombres están en todas partes. Comenzaré mi trabajo cerca de mis amigos, de modo que si me encuentro con una desgracia puedo acudir al Bosque en busca de consejo o ayuda. Con esto les dirigió a todos una mirada cariñosa y se dio la vuelta. No hubo necesidad de despedirse, pues para él la dulce y salvaje vida del Bosque había terminado. Salió valientemente a enfrentar su destino, el destino de la raza humana: la necesidad de preocuparse y trabajar. Pero Ak, que conocía el corazón del muchacho, fue misericordioso y guio sus pasos.

Atravesando Burzee por su extremo oriental, Claus llegó al Valle de la Risa de Hohaho. A cada lado había colinas

verdes y ondulantes, y un arroyo serpenteaba a medio camino entre ellas para alejarse más allá del valle. A sus espaldas se extendía el sombrío bosque; en el extremo opuesto del valle, una amplia llanura. Los ojos del joven, que hasta entonces habían reflejado sus graves pensamientos, se volvieron más brillantes mientras permanecía en silencio, contemplando el Valle de la Risa. Entonces, de repente, sus ojos brillaron, como lo hacen las estrellas en una noche tranquila, y se volvieron alegres y grandes.

Pues a sus pies le sonreían amistosamente los lirios y las margaritas; la brisa silbaba alegremente a su paso y agitaba los mechones de su frente; el arroyo reía alegremente al saltar sobre los guijarros y recorrer las verdes curvas de sus orillas; las abejas cantaban dulces canciones al volar desde el diente de león al narciso; los escarabajos gorjeaban



alegremente en el largo césped, y los rayos del sol brillaban agradablemente sobre toda la escena.

—Aquí —gritó Claus, extendiendo los brazos como si quisiera abrazar el Valle—, haré mi hogar.

Eso fue hace muchos, muchos años. Desde entonces, ha sido su hogar. Ahora es su hogar.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El Valle de la Risa (8/22)

Cuando Claus llegó, el Valle estaba vacío, salvo por la hierba, el arroyo, las flores silvestres, las abejas y las mariposas. Si quería establecerse aquí y vivir a la manera de los hombres, debía tener una casa. Al principio esto lo desconcertó, pero mientras sonreía bajo el sol, de repente encontró a su lado al viejo Nelko, el criado del Maestro de los Bosques. Nelko llevaba un hacha, fuerte y ancha, con una hoja que brillaba como la plata bruñida. La puso en la mano del joven y desapareció sin decir palabra.

Claus comprendió y, dirigiéndose a la frontera del Bosque, eligió varios troncos caídos y empezó a quitarles las ramas muertas. No cortaría un árbol vivo. Su vida entre las ninfas que custodiaban el Bosque le había enseñado que un árbol vivo es sagrado, pues es una criatura dotada de sentimientos. Pero con los árboles muertos y caídos era diferente. Habían cumplido su destino, como miembros activos de la comunidad del Bosque, y ahora convenía que sus restos sirvieran a las necesidades del hombre.

El hacha penetraba profundamente en los troncos a cada golpe. Parecía tener fuerza propia, y Claus sólo tenía que moverla y guiarla.

Cuando las sombras comenzaron a deslizarse sobre las verdes colinas para extenderse en el Valle durante la noche, el joven había cortado muchos troncos en longitudes iguales y formas adecuadas para construir una casa como las que había visto habitar a las clases más pobres de hombres. Luego, resuelto a esperar otro día antes de intentar encajar los troncos, Claus comió algunas de las dulces raíces que bien sabía encontrar, bebió profundamente del arroyo de la risa y se acostó a dormir sobre el césped, buscando primero un lugar donde no crecieran flores, para que el peso de su cuerpo no las aplastara.

Y mientras dormía y respiraba el perfume del maravilloso Valle, el Espíritu de la Felicidad se introdujo en su corazón y ahuyentó todo terror, preocupación y desconfianza. Nunca más el rostro de Claus se nublaría con ansiedades; nunca más las pruebas de la vida le pesarían como una carga. El Valle de la Risa lo había reclamado como suyo.

¡Ojalá pudiéramos vivir todos en ese lugar tan encantador! Pero entonces, tal vez, se llenaría de gente. Llevaba siglos esperando un inquilino. ¿Fue el azar lo que llevó al joven Claus a establecer su hogar en este Valle feliz? ¿O podemos suponer que sus atentos amigos, los inmortales, dirigieron sus pasos cuando se alejó de Burzee para buscar un hogar en el gran mundo?



Lo cierto es que mientras la luna se asomaba sobre la cima de la colina e inundaba con sus suaves rayos el cuerpo del extraño durmiente, el Valle de la Risa se llenaba de las extrañas y torcidas formas de los amistosos Knooks. Esta gente no hablaba, pero trabajaba con habilidad y rapidez. Los troncos que Claus había talado con su brillante hacha fueron llevados a un lugar junto al arroyo y encajados unos sobre otros, y durante la noche se construyó una vivienda fuerte y espaciosa. Los pájaros entraron en el Valle al amanecer, y sus cantos, tan raramente oídos en el bosque profundo, despertaron al forastero. Se quitó la telaraña del sueño de los párpados y miró a su alrededor. La casa se encontró con su mirada.

—Debo agradecer a los Knooks —dijo agradecido.

Entonces caminó a su casa y entró por la puerta. Al frente tenía una gran habitación, con una chimenea al fondo y una mesa y un banco en el centro. Junto a la chimenea había un armario. Más allá había otra puerta. Claus entró también por ella y vio una habitación más pequeña con una cama contra la pared y un taburete junto a un pequeño atril. Sobre la cama había muchas capas de musgo seco traído del Bosque.

—¡En efecto, es un palacio! —exclamó el sonriente Claus—. Debo agradecer de nuevo a los buenos Knooks; su conocimiento sobre las necesidades de los hombres y su labor en mi favor.

Abandonó su nuevo hogar con la alegre sensación de que no estaba del todo solo en el mundo, aunque había

decidido abandonar su vida en el Bosque. Las amistades no se rompen fácilmente, y los inmortales están en todas partes.

Al llegar al arroyo bebió del agua pura, y luego se sentó en la orilla para reírse de los traviesos jugueteos de las ondas cuando se empujaban unas a otras contra las rocas o se agolpaban desesperadamente para ver cuál alcanzaba primero la curva que había más allá. Y mientras se alejaban, escuchaba la canción que cantaban:

"¡Corriendo, empujando, sin parar!

Ninguna ola puede calmar,

La emoción nos abrumba.

Cada gota se alumbra,

Salta jugando, lleno de alegría,

¡mientras seguimos nuestra vía!"

A continuación, Claus buscó raíces para comer, mientras los narcisos volvían hacia él sus ojitos risueños y ceceaban su delicada canción:

"Floreciendo y brillando en el día,

¡nunca hubo flores con tanta alegría!

Respirando perfume, un goce eterno,

Mostramos colores en un sueño tierno."

A Claus lo hacía reír oír a las cositas expresar su felicidad mientras cabeceaban graciosamente sobre sus tallos. Pero otra rima le llegó al oído mientras los rayos de sol caían suavemente sobre su cara y le susurraban:

"Aquí hay alegría, cuando nuestros rayos

día tras día el Valle van calentando;

aquí hay felicidad, un fiel consuelo,
¡para todos los que viven bajo este cielo!"

—¡Sí! —gritó Claus en respuesta—. Aquí hay felicidad y alegría en todas las cosas. El Valle de la Risa es un valle de paz y buena voluntad.

Pasó el día hablando con las hormigas y los escarabajos e intercambiando bromas con las alegres mariposas. Y por la noche se tumbó en su lecho de musgo blando y durmió profundamente.

Entonces llegaron las Hadas, alegres pero silenciosas, trayendo sartenes, ollas, platos, cacerolas y todos los utensilios necesarios para preparar la comida y consolar a un mortal. Con ellos llenaron el armario y la chimenea, y finalmente colocaron un robusto traje de lana en el taburete junto a la cama.

Cuando se despertó, Claus volvió a frotarse los ojos, rio y dio las gracias en voz alta a las Hadas y al Maestro de los Bosques que se las había enviado. Con gran alegría examinó todas sus nuevas posesiones, preguntándose para qué le servirían algunas. Pero, en los días en que se había aferrado a la faja del gran Ak y visitado las ciudades de los hombres, sus ojos se habían apresurado a notar todos los modales y costumbres de la raza a la que pertenecía; así que adivinó por los regalos traídos por las Hadas que el Maestro esperaba que en adelante viviera a la manera de sus semejantes.

—Lo que significa que debo arar la tierra y plantar maíz —reflexionó—; así cuando llegue el invierno, haya cosechado comida en abundancia.

Pero, mientras estaba en el Valle cubierto de hierba, vio que remover la tierra en surcos sería destruir cientos de bonitas e indefensas flores, así como miles de tiernas briznas de hierba. Y esto no podía soportarlo.

Por lo tanto, extendió los brazos y emitió un silbido peculiar que había aprendido en el Bosque, gritando después:

—¡Ryls de las Flores del Bosque, vengan a mí!

Al instante, una docena de los extraños y pequeños Ryls se acuclillaron en el suelo ante él y lo saludaron alegremente con la cabeza.

Claus los miró seriamente.

—A sus hermanos del Bosque —dijo—, los conozco y los amo desde hace muchos años. Los amaré a ustedes también cuando seamos amigos. Para mí las leyes de los Ryls, ya sean las del Bosque o las del campo, son sagradas. Nunca he destruido intencionadamente una de las flores que ustedes cuidan con tanto esmero; pero debo plantar grano para utilizarlo como alimento durante el frío invierno, ¿y cómo voy a hacerlo sin matar a las criaturitas que tan bellamente me cantan desde sus fragantes flores?

El Ryl Amarillo, el que cuida los ranúnculos, respondió:

—No te preocupes, amigo Claus. El gran Ak nos ha hablado de ti. Hay un trabajo mejor para ti en la vida que trabajar para comer, y aunque, al no ser del Bosque, Ak no tiene mando sobre nosotros, nos complace favorecer a alguien a quien ama. Vive, por lo tanto, para hacer el buen trabajo que has decidido emprender.

Nosotros, los Ryls de Campo, nos ocuparemos de tus provisiones

Después de este discurso, los Ryls dejaron de ser vistos, y Claus alejó de su mente la idea de labrar la tierra.

Cuando regresó a su casa, había un tazón de leche fresca sobre la mesa, pan en la alacena y dulce miel en un plato contiguo. También lo esperaba una bonita cesta con manzanas brillantes y uvas recién cortadas. Gritó: —¡Gracias, amigos míos! —a los invisibles Ryls, y en seguida empezó a comer.

A partir de entonces, cuando tuvo hambre, no tuvo más que mirar en la alacena para encontrar buenas provisiones traídas por los amables Ryls. Y los Knooks cortaron y apilaron mucha leña para su chimenea. Y las Hadas le trajeron mantas y ropa de abrigo.

Así comenzó su vida en el Valle de la Risa, con el favor y la amistad de los inmortales para satisfacer todas sus necesidades.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo Claus hizo el primer juguete (9/22)

Verdaderamente, nuestro Claus tenía sabiduría, pues su buena fortuna no hizo sino fortalecer su resolución de hacerse amigo de los pequeños de su propia raza. Sabía que su plan contaba con la aprobación de los inmortales, pues de lo contrario no lo habrían favorecido tanto.

Empezó a conocer a la humanidad. Atravesó el Valle hasta la llanura que había más allá, y cruzó la llanura en muchas direcciones hasta llegar a las moradas de los hombres. Éstas estaban aisladas o en grupos llamadas aldeas, y en casi todas las casas, grandes o pequeñas, Claus encontró niños.

Los pequeños no tardaron en conocer su rostro alegre y risueño y la mirada amable de sus ojos brillantes; y los padres, aunque miraban al joven con cierto desprecio por querer más a los niños que a sus mayores, estaban contentos de que las niñas y los niños hubieran encontrado un compañero de juegos que parecía dispuesto a divertirlos.

Así, los niños jugaban y se divertían con Claus; los niños se subían a sus hombros, las niñas se acurrucaban en sus fuertes brazos, y los bebés se aferraban cariñosamente a sus rodillas. Dondequiera que se

encontraba el joven, lo seguía el sonido de las risas infantiles; y para comprenderlo mejor deben saber que en aquellos tiempos los niños estaban muy desatendidos y recibían poca atención de sus padres, de modo que para ellos era una maravilla que un hombre tan bueno como Claus dedicara su tiempo a hacerlos felices. Y los que lo conocían eran, sin duda, muy felices. Los rostros tristes de los pobres y maltratados se iluminaban por fin; el lisiado sonreía a pesar de su desgracia; los enfermos acallaban sus gemidos y los afligidos sus llantos cuando su alegre amigo se acercaba a consolarlos.

Sólo en el hermoso palacio de Lord Lerd y en el sombrío castillo del Barón Braun se negó la entrada a Claus. En ambos lugares había niños, pero los criados del palacio cerraron la puerta en las narices del joven forastero y el feroz Barón amenazó con colgarlo de un gancho de hierro en los muros del castillo. Claus suspiró y regresó a las viviendas más pobres, donde era bienvenido.

Al cabo de un tiempo se acercó el invierno.

Las flores terminaron su vida, se marchitaron y desaparecieron; los escarabajos se adentraron en la cálida tierra; las mariposas abandonaron los prados; y la voz del arroyo se hizo ronca, como si hubiera tomado frío.

Un día los copos de nieve llenaron el aire del Valle de la Risa, bailando bulliciosamente hacia la tierra y vistiéndolo de blanco puro el techo de la morada de Claus.

Por la noche, Jack Escarcha llamó a la puerta.

—¡Entra! —gritó Claus.

—¡Sal! —respondió Jack—. Porque tienes fuego dentro. Claus salió. Había conocido a Jack Escarcha en el Bosque, y el pícaro le caía bien, aunque desconfiaba de él.

—Esta noche me divertiré mucho, Claus —gritó—. ¿No hace un tiempo estupendo? Pellizcaré decenas de narices, orejas y dedos del pie antes del amanecer.

—Si me quieres, Jack, perdona a los niños —suplicó Claus.

—¿Y por qué? —preguntó el otro, sorprendido.

—Son tiernos e indefensos —respondió Claus.

—¡Pero a mí me encanta pellizcar a los más tiernos! — declaró Jack—. Los mayores son duros, y me cansan los dedos.

—Los jóvenes son débiles y no pueden luchar contra ti — dijo Claus.

—Es cierto —coincidió Jack pensativo—. Bueno, no pellizcaré a ningún niño esta noche, si puedo resistir la tentación. Buenas noches, Claus.

—Buenas noches.

El joven entró y cerró la puerta, y Jack Escarcha siguió corriendo hasta el pueblo más cercano.

Claus echó un tronco al fuego, que ardió con fuerza.

Junto a la chimenea estaba sentada Blinky, una gata grande que le había regalado Peter Knook. Su pelaje era suave y brillante, y ronroneaba interminables canciones de satisfacción.

—Pronto volveré a ver a los niños —le dijo Claus a la gata, que hizo una amable pausa en su canción para escucharlo—. El invierno está llegando, la nieve será

profunda durante muchos días, y no podré jugar con mis amiguitos.

La gata levantó una pata y se acarició la nariz, pensativa, pero no respondió. Mientras ardiera el fuego y Claus estuviera sentado en su sillón junto a la chimenea, no le importaba el tiempo.

Así pasaron muchos días y muchas largas tardes. El armario estaba siempre lleno, pero Claus se cansó de no tener nada que hacer más que alimentar el fuego con la gran pila de leña que le habían traído los Knook.

Una noche recogió un palo de leña y empezó a cortarlo con su afilado cuchillo. Al principio no pensaba en otra cosa que ocupar su tiempo, y silbaba y cantaba a la gata mientras iba cortando trozos del palo. La gata se sentó sobre sus patas y lo observó, escuchando al mismo tiempo el alegre silbido de su amo, que le gustaba oír incluso más que sus propias canciones ronroneantes.



Claus miró a la gata y luego al palo que estaba tallando, hasta que la madera empezó a tomar forma, y la forma era como la cabeza de un gato, con dos orejas hacia arriba.

Claus dejó de silbar para reírse, y entonces tanto él como el gato miraron la imagen de madera con cierta

sorpresa. Luego talló los ojos y la nariz, y redondeó la parte inferior de la cabeza para que descansara sobre un cuello.

La gata no sabía qué pensar y se sentó rígida, como si observara con cierta suspicacia lo que iba a suceder a continuación.

Claus lo sabía. La cabeza le dio una idea. Manejó el cuchillo con cuidado y destreza, formando lentamente el cuerpo del gato, al que hizo sentarse sobre las patas como lo hacía la gata de verdad, con la cola enrollada alrededor de las dos patas delanteras.

El trabajo le llevó mucho tiempo, pero la tarde era larga y no tenía nada mejor que hacer. Finalmente, soltó una sonora carcajada al ver el resultado de su trabajo y colocó el gato de madera, ya terminado, sobre la chimenea, frente a la gata de verdad.

La gata miró a su imagen, levantó el pelo con rabia y emitió un maullido desafiante. El gato de madera no le hizo caso y Claus, muy divertido, volvió a reírse.

Entonces Blinkie avanzó hacia la imagen de madera para observarla de cerca y olerla con inteligencia: los ojos y el olfato le dijeron que la criatura era de madera, a pesar de su aspecto natural; así que la gatita volvió a su asiento y a su ronroneo, pero mientras se lavaba la cara pulcramente con su pata acolchada lanzó más de una mirada de admiración a su inteligente amo. Tal vez sintió la misma satisfacción que sentimos nosotros cuando vemos buenas fotografías de nosotros mismos.

El amo de la gata estaba satisfecho con su obra, sin saber exactamente por qué. De hecho, aquella noche

tenía muchos motivos para felicitar-se, y todos los niños del mundo deberían haberse unido a él en su júbilo. Claus había fabricado su primer juguete.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo los Ryls coloreaban los juguetes (10/22)

Ahora reinaba el silencio en el Valle de la Risa. La nieve lo cubría como un manto blanco y almohadas de copos suaves flotaban ante la casa donde Claus estaba sentado alimentando el fuego. El arroyo gorgoteaba bajo una gruesa capa de hielo y todas las plantas e insectos vivos se acurrucaban junto a la Madre Tierra para mantenerse calientes. La cara de la luna estaba oculta por las oscuras nubes, y el viento, deleitándose con el deporte invernal, empujaba y arremolinaba los copos de nieve en tantas direcciones que no tenían oportunidad de caer al suelo.

Claus oyó el viento silbar y chillar en su juego y volvió a dar las gracias a los buenos Knooks por su confortable refugio. Blinkie se lavó la cara perezosamente y se quedó mirando las brasas con una mirada de perfecta satisfacción. El gato de juguete se sentó frente al de verdad y miró al frente, como deben hacer los gatos de juguete.

De repente, Claus oyó un ruido que no parecía la voz del viento. Era más bien un lamento de sufrimiento y desesperación.

Se levantó y escuchó, pero el viento, cada vez más bullicioso, sacudió la puerta e hizo sonar las ventanas para distraer su atención. Esperó a que el viento se cansara y entonces, sin dejar de escuchar, oyó de nuevo el estridente grito de angustia.

Se puso rápidamente el abrigo, se tapó los ojos con la gorra y abrió la puerta. El viento entró de golpe y esparció las brasas por la chimenea, al tiempo que agitaba el pelo de Blinkie con tanta furia que se escurrió bajo la mesa para escapar. Entonces se cerró la puerta y Claus estaba fuera, mirando ansiosamente en la oscuridad.

El viento reía y gritaba y trataba de empujarlo, pero él se mantenía firme. Los indefensos copos tropezaron contra sus ojos y le nublaron la vista, pero se los quitó y volvió a mirar. Había nieve por todas partes, blanca y brillante. Cubría la tierra y llenaba el aire.

El grito no se repitió.

Claus se dio la vuelta para volver a la casa, pero el viento lo sorprendió, tropezó y cayó sobre un montón de nieve. Su mano se hundió en la nieve y tocó algo que no era nieve. Lo sujetó y, tirando suavemente de él, descubrió que era un niño. Al momento siguiente lo levantó en brazos y lo llevó a la casa.

El viento lo siguió a través de la puerta, pero Claus la cerró rápidamente. Dejó al niño rescatado en la chimenea y, quitándole la nieve, descubrió que era Weekum, un niño que vivía en una casa más allá del Valle.

Claus envolvió al pequeño con una cálida manta y le frotó la escarcha de las extremidades. Al poco rato, el niño abrió los ojos y, al ver dónde estaba, sonrió feliz. Entonces, Claus calentó leche y se la dio al niño lentamente, mientras el gato miraba con sobria curiosidad. Finalmente, el pequeño se acurrucó en los brazos de su amigo, suspiró y se durmió, y Claus, lleno de alegría por haber encontrado al viajero, lo abrazó estrechamente mientras dormía.

El viento, que ya no tenía nada que hacer, subió la colina y se dirigió hacia el norte. Los cansados copos de nieve tuvieron así tiempo de posarse en la tierra, y el Valle volvió a la calma.

El niño, que había dormido bien en brazos de su amigo, abrió los ojos y se incorporó. Entonces, como haría un niño, miró alrededor de la habitación y vio todo lo que contenía.

—Tu gato es un buen gato, Claus —dijo finalmente—. Déjame tenerlo.

Pero la gata se opuso y salió corriendo.

—El otro gato no huirá, Claus. Déjame sostenerlo —continuó

el niño, y Claus le puso el juguete en los brazos, y el niño lo sostuvo con cariño y le besó la punta de la oreja de madera.



—¿Qué hacías en medio de la tormenta, Weekum? — preguntó Claus.

—Empecé a caminar a la casa de mi tía y me perdí — respondió Weekum.

—¿Tuviste miedo?

—Hacía frío —dijo Weekum—, y la nieve se metió en mis ojos, así que no podía ver. Entonces seguí adelante hasta que me caí en la nieve, sin saber dónde estaba, y el viento sopló los copos sobre mí y me cubrió.

Claus le acarició suavemente la cabeza, y el niño lo miró y sonrió.

—Ahora estoy bien —dijo Weekum.

—Si —respondió Claus, feliz—. Ahora te meteré en mi cálida cama, y deberás dormir hasta mañana, cuando te llevaré de vuelta con tu madre.

—¿Puede dormir el gato conmigo? —preguntó el niño.

—Si, si tú quieres —respondió Claus.

—¡Es un gato muy bonito! —dijo Weekum, sonriendo, mientras Claus lo arropaba con mantas; y al poco rato el pequeño se durmió con el juguete de madera en brazos. Cuando llegó la mañana, el sol reclamó el Valle de la Risa y lo inundó con sus rayos; entonces Claus se preparó para llevar al niño perdido de vuelta con su madre.

—¿Puedo quedarme con el gato, Claus? —preguntó Weekum—. Es más bonito que los gatos de verdad. No se escapa, ni araña, ni muerde. ¿Puedo quedármelo?

—Si, claro —respondió Claus, contento de que el juguete que había hecho pudiera darle placer al niño. Así que envolvió al niño y el gato de madera en un cálido manto,

colocando el bulto sobre sus hombros, y caminó a través de la nieve y los charcos del Valle, por la llanura, hasta la pobre casita donde vivía la madre de Weekum.

—¡Mira, mamá! —gritó el niño en cuanto entraron—.

¡Tengo un gato!

La buena mujer lloró de alegría por el rescate de su querido niño y agradeció muchas veces a Claus su amable acto. Así que llevó un corazón cálido y feliz de vuelta a su casa en el Valle.

Esa noche le dijo a la gata:

—Creo que a los niños les gustarán los gatos de madera casi tanto como los verdaderos, y no pueden hacerles daño tirándoles de la cola y las orejas. Haré otro.

Ese fue el comienzo de su gran obra.

El siguiente gato estaba mejor hecho que el primero.

Mientras Claus lo tallaba, entró a visitarlo el Ryl Amarillo, y quedó tan satisfecho con la habilidad del hombre que salió corriendo y trajo a varios de sus compañeros.

Allí estaban sentados en círculo en el suelo el Ryl Rojo, el Ryl Negro, el Ryl Verde, el Ryl Azul y el Ryl Amarillo, mientras Claus tallaba y silbaba y el gato de madera iba tomando forma.

—Si se pudiera hacer del mismo color que el gato de verdad, nadie notaría la diferencia —dijo el Ryl Amarillo pensativo.

—Los más pequeños, tal vez, no notarían la diferencia —respondió Claus, encantado con la idea.

—Te traeré un poco del rojo con el que pinto mis rosas y tulipanes —gritó el Ryl Rojo—, y así podrás pintar los labios y la lengua del gato.

—Te traeré un poco del verde con el que pinto mis hierbas y hojas —dijo el Ryl Verde—, y así podrás pintar de verde los ojos del gato.

—También necesitarán un poco de amarillo —remarcó el Ryl Amarillo—. Tengo que traer un poco de amarillo con el que pinto mis ranúnculos y mis campanillas.

—El gato de verdad es negro —dijo el Ryl Negro—. Traeré un poco del negro que uso para pintar los ojos de mis pensamientos, y entonces podrás pintar tu gato de madera de negro.

—Veo que tienes una cinta azul alrededor del cuello de Blinkie —añadió el Ryl Azul—. Traeré un poco del color con el que pinto las campanillas y los nomeolvides, y entonces podrás tallar una cinta de madera en el cuello del gato de juguete y pintarla de azul.

Así que los Ryls desaparecieron, y cuando Claus hubo terminado de tallar la forma del gato ya estaban todos de vuelta con las pinturas y los pinceles.

Hicieron que Blinkie se sentara sobre la mesa para que Claus pudiera pintar el gato de juguete con el color exacto, y cuando el trabajo estuvo terminado los Ryls declararon que era exactamente tan bueno como un gato vivo.

—Es decir, según todas las apariencias —añadió el Ryl Rojo.

Blinkie pareció un poco ofendida por la atención prestada al juguete, y para que no pareciera que

aprobaba la imitación del gato se dirigió a la esquina de la chimenea y se sentó con aire digno.

Pero Claus estaba encantado, y en cuanto amaneció se puso en marcha y caminó por la nieve, a través del valle y la llanura, hasta que llegó a una aldea. Allí, en una pobre choza cercana a los muros del hermoso palacio de Lord Lerd, una niña yacía en un miserable catre, gimiendo de dolor.

Claus se acercó a la niña, la besó y la consoló, y luego sacó el gato de juguete de debajo de su abrigo, donde lo había escondido, y se lo puso en los brazos.

¡Ah, qué bien recompensado se sintió por su trabajo y su larga caminata cuando vio los ojos de la pequeña brillar de placer! Abrazó al gatito contra su pecho, como si se tratara de una joya preciosa, y no lo soltó ni un momento. La fiebre se calmó, el dolor disminuyó y ella se sumió en un sueño dulce y reparador.

Claus rio, silbó y cantó todo el camino de vuelta a casa. Nunca había sido tan feliz como aquel día.

Cuando entró en su casa, encontró a Shiegra, la leona, esperándolo. Desde su infancia, Shiegra había amado a Claus, y mientras éste vivía en el Bosque, ella había ido a menudo a visitarlo a la choza de Necile. Después de que Claus se fuera a vivir al Valle de la Risa, Shiegra se sintió sola y molesta, y ahora había desafiado las ventiscas, que todos los leones aborrecen, para verlo una vez más. Shiegra estaba envejeciendo y los dientes empezaban a caérsele, mientras que los pelos que cubrían sus orejas y su cola habían pasado del amarillo al blanco.

Claus la encontró tumbada frente a su chimenea, echó los brazos al cuello de la leona y la abrazó cariñosamente. La gata se había retirado a un rincón apartado. No quería relacionarse con Shiegra.

Claus le habló a su vieja amiga de los gatos que había fabricado y del placer que habían proporcionado a Weekum y a la niña enferma. Shiegra no sabía mucho de niños; de hecho, si se encontraba con uno, era difícil confiar en que no lo devorara. Pero se interesó por los nuevos trabajos de Claus, y dijo:

—Estas imágenes me parecen muy atractivas. Sin embargo, no veo por qué has hecho gatos, que son animales muy poco importantes. Supongamos que, ahora que estoy aquí, haces la imagen de una leona, la reina de todas las bestias. Entonces, en efecto, ¡tus niños serán felices y estarán a salvo al mismo tiempo!

A Claus le pareció una buena sugerencia. Así que tomó un trozo de madera y afiló el cuchillo, mientras Shiegra se agazapaba en la chimenea a sus pies. Con mucho cuidado talló la cabeza a semejanza de la leona, hasta los dos feroces dientes que se curvaban sobre su labio inferior y las profundas líneas sobre sus ojos muy abiertos.

Cuando terminó, dijo:

—Tienes un aspecto terrible, Shiegra.

—Entonces la imagen es como yo —respondió—, porque soy realmente terrible para todos los que no son mis amigos.

Claus esculpió ahora el cuerpo, con la larga cola de Shiegra arrastrándose tras él. La imagen de la leona agazapada era muy realista.

—Me complace —dijo Shiegra, bostezando y estirando el cuerpo con gracia—. Ahora miraré mientras pintas.

Sacó del armario las pinturas que le habían dado los Ryls y coloreó la imagen para que se pareciera a la verdadera Shiegra.

La leona apoyó sus grandes y acolchadas patas en el borde de la mesa y se levantó mientras examinaba detenidamente el juguete que era su semejanza.

—¡Eres realmente hábil! —dijo orgullosa—. A los niños les gustará más que los gatos, estoy segura.

Luego, gruñendo a Blinkie, que arqueó la espalda aterrorizada y gimió temerosa, se alejó hacia su casa del bosque con pasos señoriales.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo se asustó la pequeña Mayrie (11/22)

El invierno había terminado y todo el Valle de la Risa estaba lleno de alegría. El arroyo estaba tan contento de volver a ser libre que gorgoteaba más bulliciosamente que nunca y se precipitaba tan temerariamente contra las rocas que lanzaba lluvias de rocío por los aires. El césped empujaba sus afiladas hojas hacia arriba a través de la alfombra de tallos muertos donde se había escondido de la nieve, pero las flores todavía eran demasiado tímidas para dejarse ver, aunque los Ryls estaban ocupados alimentando sus raíces. El sol estaba de muy buen humor y enviaba sus rayos danzando alegremente por todo el Valle.

Un día, Claus estaba cenando cuando oyó que alguien llamaba tímidamente a su puerta.

—¡Pasa! —gritó.

Nadie entró, pero después de una pausa sonó otro golpe.

Claus se levantó de un salto y abrió la puerta. Ante él había una niña que llevaba de la mano a un hermano más pequeño.

—¿Eres Tlaus? —preguntó tímidamente.

—¡Claro que sí, querida! —respondió riendo, mientras levantaba a los dos niños en brazos y los besaba—. Son muy bienvenidos, y han llegado justo a tiempo para compartir mi cena.

Los llevó a la mesa y los alimentó con leche fresca y pasteles de nueces. Cuando hubieron comido lo suficiente, les preguntó:

—¿Por qué han hecho este largo viaje para verme?

—¡Quiero un tato! —respondió la pequeña Mayrie; y su hermano, que aún no había aprendido a decir muchas palabras, asintió con la cabeza y exclamó como un eco:

—¡Tato!

—Oh, quieren mis gatos de juguete, ¿verdad? —respondió Claus, muy contento de descubrir que su creación era tan popular entre los niños.

Los pequeños visitantes asintieron con entusiasmo.

—Desafortunadamente —continuó—, sólo tengo un gato listo, porque ayer llevé dos a los niños de la ciudad. Y el que tengo se lo daré a tu hermano, Mayrie, porque es el más pequeño; y el próximo que haga será para ti. La cara del niño estaba radiante de sonrisas cuando tomó el precioso juguete que Claus le daba; pero la pequeña Mayrie se cubrió la cara con el brazo y empezó a sollozar desconsoladamente.

—Yo, yo, yo... ¡quiero un tato ahora! —se lamentó.

Su decepción hizo que Claus se sintiera desgraciado por un momento. Entonces se acordó de Shiegra.

—No llores, cariño —le dijo para tranquilizarla—, tengo un juguete mucho más bonito que un gato, y te lo daré.

Fue al armario y sacó la imagen de la leona, que colocó sobre la mesa ante Mayrie.

La muchacha levantó el brazo y echó un vistazo a los dientes feroces y los ojos brillantes de la bestia, y luego, lanzando un grito aterrorizado, salió corriendo de la casa. El niño la siguió, también gritando como un desaforado, e incluso dejando caer a su precioso gato por el miedo.

Durante un momento, Claus permaneció inmóvil, perplejo y atónito. Luego arrojó la imagen de Shiegra al armario y corrió tras los niños, pidiéndoles que no se asustaran. La pequeña Mayrie se detuvo en su huida y su hermano se aferró a su falda; pero ambos lanzaron miradas temerosas a la casa hasta que Claus les aseguró varias veces que la bestia había sido encerrada en el armario.

—Pero, ¿por qué te asustaste al verlo? —preguntó—. ¡Es sólo un juguete para jugar!

—¡Es malo! —dijo Mayrie, decidida—. Y, y, y horrible, ¡y no es bonito, como los tatos!

—Quizá tengas razón —respondió Claus pensativo—. Pero si regresas conmigo a la casa, te haré un bonito gato.

Así que volvieron a entrar tímidamente en la casa, confiando en las palabras de su amigo; y después tuvieron la alegría de ver cómo Claus tallaba un gato en un trozo de madera y lo pintaba con colores naturales.

No tardó mucho en hacerlo, pues ya se había vuelto muy hábil con el cuchillo, y Mayrie quería mucho más a su juguete porque lo había visto hacerlo.

Cuando sus pequeños visitantes emprendieron el camino de regreso a casa, Claus se quedó largo rato pensativo.

Decidió entonces que criaturas tan feroces como su amiga la leona nunca servirían como modelos para fabricar sus juguetes.

—No debe haber nada que asuste a los queridos bebés — reflexionó—; y aunque conozco bien a Shiegra y no le tengo miedo, es natural que los niños vean su imagen con terror. En el futuro, elegiré animales de modales suaves como ardillas, conejos, ciervos y corderitos, para tallar mis juguetes; pues así los pequeños los amarán en vez de temerles.

Empezó a trabajar ese mismo día y, antes de acostarse, había hecho un conejo y un cordero de madera. No eran tan realistas como los gatos, porque los había hecho de memoria, mientras que Blinkie se había sentado muy quieta para que Claus la mirara mientras trabajaba. Pero los nuevos juguetes agradaron a los niños, y su fama se extendió rápidamente a todas las casas de la llanura y de la aldea. Claus siempre llevaba sus regalos a los niños enfermos o lisiados, pero los que eran lo bastante fuertes caminaban hasta la casa del Valle para pedirlos, de modo que pronto se hizo un caminito desde la llanura hasta la puerta de la casita del juguetero. Primero llegaron los niños que habían sido compañeros de juego de Claus antes de que empezara a fabricar juguetes. No cabe duda de que estaban bien abastecidos. Luego, los niños que vivían más lejos oyeron hablar de las maravillosas imágenes e hicieron viajes al Valle para conseguirlas. Todos los niños eran bienvenidos y ninguno se iba con las manos vacías.

La demanda de sus trabajos mantenía a Claus muy ocupado, pero era muy feliz sabiendo el placer que proporcionaba a tantos niños queridos. Sus amigos los inmortales se alegraron de su éxito y lo apoyaron valientemente.

Los Knooks seleccionaron para él piezas claras de madera blanda, para que su cuchillo no se desafilara al cortarlas; los Ryls lo mantuvieron provisto de pinturas de todos los colores y pinceles hechos con puntas de hierba; las Hadas descubrieron que el obrero necesitaba sierras, cinceles, martillos y clavos, además de cuchillos, y le trajeron un buen surtido de tales herramientas.

Claus no tardó en convertir el salón de su casa en un maravilloso taller. Construyó un banco delante de la ventana, y organizó sus herramientas y pinturas para



que pudiera alcanzar todo sentado en su taburete. Y a medida que terminaba un juguete tras otro para deleitar los corazones de los niños, se sentía tan alegre y feliz que no podía dejar de cantar, reír y silbar durante todo el día.

—Es porque vivo en el Valle de la Risa, ¡donde todo lo demás ríe! —dijo Claus.

Pero esa no era la razón.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo Bessie Blithesome llegó al Valle de la Risa (12/22)

Un día, mientras Claus se sentaba ante su puerta para disfrutar del sol mientras tallaba con afán la cabeza y los cuernos de un ciervo de juguete, levantó la vista y descubrió un brillante grupo de jinetes que cabalgaba por el Valle.

Cuando se acercaron vio que la banda estaba formada por una veintena de hombres de armas, vestidos con brillantes armaduras y con lanzas y hachas de combate en las manos. Delante de ellos cabalgaba la pequeña Bessie Blithesome, la hermosa hija de aquel orgulloso Lord Lerd que una vez había expulsado a Claus de su palacio. Su corcel era de un blanco puro, la brida estaba cubierta de brillantes piedras preciosas y la silla de montar estaba cubierta con un paño de oro ricamente bordado. Los soldados habían sido enviados para protegerla durante el viaje.

Claus se sorprendió, pero no dejó de tallar y cantar hasta que el grupo estuvo delante de él. Entonces la niña se inclinó sobre el cuello de su corcel y dijo: —Por favor, Señor Claus, ¡quiero un juguete!

Su voz era tan suplicante que Claus se levantó de un salto y se puso a su lado. Pero no sabía cómo responder a su petición.

—Eres la hija de un Lord rico —dijo—, y tienes todo lo que deseas.

—Excepto juguetes —añadió Bessie—. No hay más juguetes que los tuyos en todo el mundo.

—Y yo los hago para los niños pobres, que no tienen otra cosa para entretenerse —continuó Claus.

—¿A los niños pobres les gusta más jugar con juguetes que a los ricos? —preguntó Bessie.

—Supongo que no —dijo Claus pensativo.

—¿Tengo yo la culpa de que mi padre sea un Lord?

¿Deben negarme los bonitos juguetes que tanto deseo porque otros niños son más pobres que yo? —preguntó seriamente.

—Me temo que sí, querida —respondió—; porque los pobres no tienen otra cosa con que entretenerse. Tú tienes tu poni para montar, tus criados para atenderte y todas las comodidades que el dinero puede procurarte.

—¡Pero yo quiero juguetes! —gritó Bessie, enjuagándose las lágrimas que asomaban de sus ojos—. Si no puedo tenerlos, seré muy desgraciada.

Claus se inquietó, pues el dolor de la niña le recordó que su deseo era hacer felices a todos los niños, sin tener en cuenta su condición en la vida. Sin embargo, mientras tantos niños pobres pedían a gritos sus juguetes, él no podía soportar dar uno de ellos a Bessie Blithesome, que ya tenía tantas cosas que la hacían feliz.

—Escucha, hija mía —dijo con dulzura—, todos los juguetes que estoy haciendo ahora están prometidos a otros. Pero el próximo será tuyo, ya que tu corazón lo anhela tanto. Ven a verme en dos días y lo tendrás listo. Bessie lanzó un grito de alegría e, inclinándose sobre el cuello de su poni, besó a Claus en la frente. Luego, llamando a sus hombres de armas, se alejó alegremente, dejando a Claus reanudar su trabajo.

“Si tengo que abastecer tanto a los niños ricos como a los pobres, no tendré un momento libre en todo el año. Pero, ¿es justo que dé a los ricos? Debo ir a ver a Necile y hablar con ella de este asunto”, pensó.

Así que cuando hubo terminado el ciervo de juguete, que era muy parecido a un ciervo que había conocido en los claros del bosque, entró en Burzee y se dirigió a la cabaña de la bella ninfa Necile, que había sido su madre adoptiva.

Ella lo saludó con ternura y cariño, y escuchó con interés la historia de la visita de Bessie Blithesome.

—Ahora dime —dijo—, ¿debo dar juguetes a los niños ricos?

—Nosotros, los del Bosque, no sabemos nada de riquezas —respondió—. A mí me parece que un niño es igual a otro niño, ya que todos están hechos del mismo barro, y que las riquezas son como un vestido, que se puede poner o quitar, dejando al niño sin cambios. Pero las Hadas son guardianas de la humanidad, y conocen a los niños mejor que yo. Llamemos a la Reina de las Hadas. Así se hizo, y la Reina de las Hadas se sentó junto a ellos y escuchó a Claus relatar sus razones para pensar

que los niños ricos podían arreglárselas sin sus juguetes, y también lo que había dicho la Ninfa.

—Necile tiene razón —declaró la Reina—; porque, ya sea rica o pobre, el deseo de una niña de tener lindos juguetes es natural. El corazón de la rica Bessie puede sufrir tanto como el de la pobre Mayrie; puede estar tan sola y descontenta como alegre y feliz. Creo, amigo Claus, que es tu deber alegrar a todos los pequeños, ya vivan en palacios o en chozas.

—Tus palabras son sabias, Reina de las Hadas —respondió Claus—, y mi corazón me dice que son tan justas como sabias. De ahora en adelante, todos los niños podrán reclamar mis servicios.

Luego se inclinó ante el Hada y, besando los rojos labios de Necile, regresó a su Valle.

En el arroyo se detuvo a beber, y después se sentó en la orilla y tomó un trozo de arcilla húmeda entre sus manos mientras pensaba qué clase de juguete debería hacer para Bessie Blithesome. No se dio cuenta de que sus dedos estaban dando forma a la arcilla hasta que, al mirar hacia abajo, ¡descubrió que inconscientemente había formado una cabeza que tenía un ligero parecido con la ninfa Necile!



Immediatamente se interesó. Recogió más arcilla de la orilla y la llevó a su casa. Luego, con la ayuda de su cuchillo y un trozo de madera, consiguió trabajar la arcilla hasta convertirla en la imagen de una ninfa de juguete. Con hábiles pinceladas formó una larga cabellera ondulante en la cabeza y cubrió el cuerpo con un vestido de hojas de roble, mientras que los dos pies que sobresalían por debajo del vestido estaban calzados con sandalias.

Pero la arcilla era blanda y Claus se dio cuenta de que debía manipularla con cuidado para no estropear su bonito trabajo.

“Quizás los rayos del sol eliminen la humedad y se endurezca la arcilla”, pensó. Así que colocó la imagen sobre una tabla plana y la expuso al sol.

Hecho esto, fue a su banco y empezó a pintar el ciervo de juguete, y pronto se interesó tanto por el trabajo que se olvidó por completo de la ninfa de arcilla. Pero a la mañana siguiente, al fijarse en ella mientras yacía sobre la tabla, descubrió que el sol le había dado la dureza de la piedra y que era lo bastante fuerte como para poder manipularla con seguridad.

Claus pintó a la ninfa con gran esmero a semejanza de Necile, dándole ojos azul oscuro, dientes blancos, labios rosados y cabello castaño rojizo. El vestido lo pintó de verde hoja de roble, y cuando la pintura estuvo seca, el propio Claus quedó encantado con el nuevo juguete. Por supuesto, no era tan bonita como la verdadera Necile, pero, teniendo en cuenta el material del que estaba hecha, a Claus le pareció muy hermosa.

Al día siguiente, cuando Bessie, montada en su corcel blanco, llegó a su casa, Claus le entregó el nuevo juguete. Los ojos de la niña brillaron más que nunca al examinar la bonita imagen, que le encantó de inmediato y la estrechó contra su pecho, como hace una madre con su hijo.

—¿Cómo se llama, Claus? —preguntó.

Claus sabía que a las ninfas no les gusta que los mortales hablen de ellas, así que no pudo decirle a Bessie que era una imagen de Necile lo que le había regalado. Pero como era un juguete nuevo, buscó en su mente un nombre nuevo para llamarlo, y la primera palabra que se le ocurrió decidió que serviría muy bien.

—Se llama muñeca, querida —le dijo a Bessie.

—Llamaré a mi muñeca mi bebé —respondió Bessie, besándola con cariño—, y la cuidaré tanto como la Niñera cuida de mí. Muchas gracias, Claus; ¡tu regalo me ha hecho más feliz que nunca!

Luego se alejó, abrazando el juguete, y Claus, al ver su alegría, pensó en hacer otra muñeca, mejor y más natural que la primera.

Trajo más arcilla del arroyo y, recordando que Bessie había llamado bebé a la muñeca, decidió darle a ésta la forma de un bebé. La tarea no fue difícil para el hábil trabajador, y pronto la muñeca se colocó sobre la tabla y se puso a secar al sol. Luego, con la arcilla que quedaba, empezó a hacer una imagen de la propia Bessie Blithesome.

Esto no fue tan fácil, pues descubrió que no podía hacer el vestido de seda de la hija del señor con la arcilla

común. Así que llamó a las Hadas en su ayuda y les pidió que le trajeran sedas de colores con las que hacer un vestido de verdad para la imagen de arcilla. Las hadas se pusieron inmediatamente en camino y, antes del anochecer, regresaron con una generosa provisión de sedas, encajes e hilos de oro.

Claus se impacientó por completar su nueva muñeca y, en lugar de esperar a que saliera el sol, colocó la imagen de arcilla sobre su chimenea y la cubrió con carbones encendidos. Por la mañana, cuando sacó la muñeca de las cenizas, estaba tan dura como si hubiera pasado todo un día al sol.

Nuestro Claus se convirtió en modisto y juguetero. Cortó la seda de color lavanda y la cosió con precisión para confeccionar un hermoso vestido que le quedaba perfecto a la nueva muñeca. Le puso un collar de encaje en el cuello y unos zapatos de seda rosa en los pies. El color natural de la arcilla cocida es gris claro, pero Claus le pintó la cara para que pareciera de carne y hueso, y le puso los ojos marrones, el pelo dorado y las mejillas rosadas de Bessie.

Era realmente una hermosura y seguro que alegraría el corazón de algún niño. Mientras Claus la admiraba, oyó que llamaban a la puerta y entró la pequeña Mayrie. Tenía la cara triste y los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te aflige, querida? —preguntó Claus, tomando a la niña en brazos.

—¡He... he... he doto mi tato! —sollozó Mayrie.

—¿Cómo? —preguntó Claus con los ojos brillantes.

—Yo... yo lo golpeé, y le adanqué la cola; y... y... luego lo golpeé y le adanqué la oreja. ¡Y ahoda está todo estopeado!

Claus se echó a reír.

—No importa, querida Mayrie —dijo—. ¿Qué te parecería esta nueva muñeca, en vez de un gato?

Mayrie miró la muñeca vestida de seda y sus ojos se agrandaron de asombro.

—¡Oh, Tlaus! —gritó, aplaudiendo con entusiasmo—.

¿Puedo tener esa hedmosa señodita?

—¿Te gusta? —preguntó.

—¡Me encanta! —dijo ella—. Es mejor que los tatos.

—Entonces tómala, querida, y ten cuidado de no romperla.

Mayrie tomó la muñeca con una alegría casi reverente, y su rostro se llenó de sonrisas mientras emprendía el camino hacia casa.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: La maldad de los Awgwas (13/22)

Ahora debo contarles algo sobre los Awgwas, esa terrible raza de criaturas que tantos problemas causó a nuestro buen Claus y que casi consiguió robar a los niños del mundo su primer y mejor amigo.

No me gusta mencionar a los Awgwas, pero forman parte de esta historia y no pueden ser ignorados. No eran mortales ni inmortales, sino que estaban a medio camino entre esas clases de seres. Los Awgwas eran invisibles para la gente común, pero no para los inmortales. Podían pasar rápidamente por el aire de una parte a otra del mundo y tenían el poder de influir en las mentes de los seres humanos para que hicieran su malvada voluntad.

Eran de estatura gigantesca y tenían rostros toscos y sombríos que mostraban claramente su odio hacia toda la humanidad. No tenían conciencia alguna y sólo se deleitaban en las malas acciones.

Sus hogares estaban en lugares rocosos y montañosos, de donde salían para llevar a cabo sus malvados propósitos.

Al que se le ocurría el acto más horrible que podían hacer era siempre elegido Rey Awgwa, y toda la raza

obedecía sus órdenes. A veces estas criaturas llegaban a vivir cien años, pero normalmente luchaban tan ferozmente entre ellas que muchas eran destruidas en combate, y cuando morían era su fin. Los mortales eran impotentes para hacerles daño y los inmortales se estremecían cuando se mencionaba a los Awgwas, y siempre los evitaban. Así florecieron durante muchos años sin oposición y lograron hacer mucho mal.

Me complace asegurarles que estas viles criaturas hace tiempo que perecieron y desaparecieron de la Tierra; pero en la época en que Claus fabricaba sus primeros juguetes eran una tribu numerosa y poderosa.

Uno de los principales deportes de los Awgwas consistía en inspirar pasiones de ira en los corazones de los niños pequeños, para que se pelearan entre ellos. Tentaban a los niños a comer fruta inmadura y luego se deleitaban con el dolor que sufrían; instigaban a las niñas a desobedecer a sus padres y luego se reían cuando las castigaban. No sé qué hace que un niño sea travieso hoy en día, pero cuando los Awgwas estaban en la Tierra, los niños traviesos solían estar bajo su influencia.

Cuando Claus empezó a hacer felices a los niños, los mantuvo fuera del poder de los Awgwas, porque los niños que poseían juguetes tan bonitos como los que él les daba no querían obedecer los malos pensamientos que los Awgwas intentaban meterles en la cabeza.

Por eso, un año, cuando la malvada tribu debía elegir un nuevo Rey, eligieron un Awgwa que se propuso destruir a Claus y alejarlo de los niños.

—Como saben, hay menos niños traviesos en el mundo desde que Claus llegó al Valle de la Risa y empezó a fabricar sus juguetes —dijo el nuevo Rey, acucillado sobre una roca, mirando a su alrededor con el ceño fruncido—. Vaya, Bessie Blithesome no ha dado un pisotón ni una sola vez este mes, ni el hermano de Mayrie ha abofeteado a su hermana ni ha tirado al cachorro al barril de lluvia. El pequeño Weekum se bañó anoche sin gritar ni forcejear, ¡porque su madre le había prometido que se llevaría su gato de juguete a la cama! El estado de las cosas es horrible de pensar para cualquier Awgwa, y la única manera que tenemos de dirigir las acciones traviesas de los niños es alejar a esta persona Claus de ellos.

—¡Bien! ¡Bien! —gritaron los grandes Awgwas a coro, y aplaudieron el discurso del Rey.

—Pero, ¿qué haremos con él? —preguntó una de las criaturas.

—Tengo un plan —respondió el malvado Rey—; y pronto descubrirán cuál es.

Aquella noche, Claus se fue a la cama muy contento, pues durante el día había terminado nada menos que cuatro bonitos juguetes que, según pensaba, harían felices a cuatro niños. Pero mientras dormía, un grupo de Awgwas invisibles rodeó su cama, lo ató con fuertes cuerdas y se lo llevó volando al centro de un oscuro



bosque en la lejana Ethop, donde lo acostaron y lo abandonaron.

Al amanecer, Claus se encontró a miles de kilómetros de cualquier ser humano, prisionero en la jungla salvaje de una tierra desconocida.

Desde la rama de un árbol sobre su cabeza se balanceaba una enorme pitón, uno de esos reptiles que son capaces de aplastar los huesos de un hombre en sus enrosques. A unos metros se agazapaba una pantera salvaje, con sus brillantes ojos rojos fijos en el indefenso Claus. Una de esas monstruosas arañas moteadas cuyo aguijón es mortal se acercaba sigilosamente por encima de las hojas enmarañadas, que se marchitaban y ennegrecían al contacto con ella.

Pero Claus se había criado en Burzee y no tenía miedo. —¡Vengan a mí, Knooks del Bosque! —gritó, y emitió un bajo y peculiar silbido, que conocen los Knooks.

La pantera, que estaba a punto de saltar sobre su víctima, se dio la vuelta y se escabulló. La pitón se subió al árbol y desapareció entre las hojas. La araña se detuvo en seco y se escondió bajo un tronco podrido. Claus no tuvo tiempo de fijarse en ellos, pues estaba rodeado por una banda de Knooks de rasgos duros, de aspecto más torcido y deforme que ninguno que hubiera visto jamás.

—¿Quién eres tú, que nos llamas? —preguntó uno con voz ronca.

—El amigo de tus hermanos de Burzee —respondió Claus—. Mis enemigos, los Awgwas, me trajeron aquí y me

dejaron para que pereciera miserablemente. Pero ahora imploro su ayuda para que me liberen y me envíen de vuelta a casa.

—¿Tienes la señal? —preguntó otro.

—Sí —dijo Claus.

Le cortaron las ataduras y con los brazos libres hizo la señal secreta de los Knooks.

Al instante lo ayudaron a ponerse en pie y le trajeron comida y bebida para fortalecerlo.

—Nuestros hermanos de Burzee son amigos raros —refunfuñó un anciano Knook de barba blanca—. Pero quien conoce nuestra señal secreta tiene derecho a nuestra ayuda, sea quien sea. Cierra los ojos, forastero, y te conduciremos a tu hogar. ¿Dónde lo buscaremos?

—Está en el Valle de la Risa —respondió Claus, cerrando los ojos.

—No hay más que un Valle de la Risa en el mundo, así que no podemos extraviarnos —comentó el Knook.

Mientras hablaba, el sonido de su voz pareció apagarse, así que Claus abrió los ojos para ver a qué se debía el cambio. Para su asombro, se encontró sentado en el banco junto a su propia puerta, con el Valle de la Risa extendido ante él. Aquel día visitó a las Ninfas del Bosque y relató su aventura a la Reina Zurline y a Necile.

—Los Awgwas se han convertido en tus enemigos —dijo la encantadora Reina pensativa—; así que debemos hacer todo lo posible para protegerte de su poder.

—Fue una cobardía atarlo mientras dormía —remarcó Necile, indignada.

—Los malvados siempre son cobardes —respondió Zurline—, pero el sueño de nuestro amigo no volverá a ser perturbado.

La Reina en persona llegó a la morada de Claus esa noche y colocó su Sello en cada puerta y ventana, para mantener alejados a los Awgwas. Y bajo el Sello de la Reina Zurline se colocó el Sello de las Hadas, el Sello de los Ryls y los Sellos de los Knooks, para que el amuleto fuera más poderoso.

Y Claus volvió a llevar sus juguetes a los niños, e hizo felices a muchos más de los pequeños.

Pueden imaginarse lo enfadados que estaban el Rey Awgwa y su feroz banda cuando supieron que Claus había escapado del bosque de Ethop.

Se enfurecieron como locos durante una semana entera, y luego celebraron otra reunión entre las rocas.

—Es inútil llevarlo a donde reinan los Knooks —dijo el Rey—, porque cuenta con su protección. Así que arrojémoslo a una cueva de nuestras propias montañas, donde seguramente perecerá.

Así se acordó de inmediato, y la malvada banda partió aquella noche para apresar a Claus. Pero encontraron su morada custodiada por los Sellos de los Inmortales y se vieron obligados a marcharse desconcertados y decepcionados.

—No importa —dijo el Rey—; ¡no duerme siempre!

Al día siguiente, cuando Claus se dirigía a la aldea del otro lado de la llanura, donde pretendía regalar una ardilla de juguete a un niño cojo, fue repentinamente

atacado por los Awgwas, que lo apresaron y se lo llevaron a las montañas.

Allí lo metieron en una caverna profunda e hicieron rodar muchas rocas enormes contra la entrada para impedirle escapar.

Privado así de luz y alimento, y con poco aire para respirar, nuestro Claus se encontraba en una situación lamentable. Pero pronunció las palabras místicas de las Hadas, que siempre ordenan su ayuda amistosa, y ellas vinieron a rescatarlo y lo transportaron al Valle de la Risa en un abrir y cerrar de ojos.

De este modo, los Awgwas descubrieron que no podían destruir a alguien que se había ganado la amistad de los inmortales; así que la malvada banda buscó otros medios para impedir que Claus trajera la felicidad a los niños y así hacerlos obedientes.

Cada vez que Claus se disponía a llevar sus juguetes a los más pequeños, un Awgwa, que había sido puesto para vigilar sus movimientos, saltaba sobre él y le arrebatava los juguetes de las manos. Y los niños no se sentían más decepcionados que Claus cuando se veía obligado a volver a casa desconsolado. Aun así, perseveró, fabricó muchos juguetes para sus amiguitos y partió con ellos hacia las aldeas. Y siempre los Awgwas se los robaban en cuanto abandonaba el Valle.

Arrojaron los juguetes robados a una de sus solitarias cavernas, y se acumuló un buen montón de juguetes antes de que Claus se desanimara y abandonara todo intento de salir del Valle. Entonces los niños empezaron a acudir a él, ya que se dieron cuenta de que no acudía a

ellos; pero los malvados Awgwas volaban a su alrededor y hacían que sus pasos se desviaran y los caminos se torcieran, de modo que nunca más un niño pudo encontrar el camino hasta el Valle de la Risa.

Ahora Claus pasaba sus días solitario, pues se le negaba el placer de dar felicidad a los niños que había aprendido a amar. Sin embargo, aguantó con valentía, pues pensaba que llegaría el momento en que los Awgwas abandonarían sus malvados planes de hacerle daño.

Dedicaba todas sus horas a fabricar juguetes, y cuando terminaba uno, lo colocaba en una estantería que había construido con ese fin. Cuando la estantería se llenaba de hileras de juguetes, hacía otra y la llenaba también. Con el tiempo llegó a tener muchas estanterías llenas de alegres y hermosos juguetes que representaban caballos, perros, gatos, elefantes, corderos, conejos y ciervos, así como bonitas muñecas de todos los tamaños y bolas y canicas de arcilla cocida pintadas de alegres colores.

A menudo, al contemplar este conjunto de tesoros infantiles, el corazón del buen viejo Claus se entristecía; anhelaba mucho llevar los juguetes a sus niños. Y por fin, como no podía soportarlo más, se aventuró a ir a ver al gran Ak, a quien contó la historia de su persecución por los Awgwas y rogó al Maestro de los Bosques que lo ayudara.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: La gran batalla entre el Bien y el Mal (14/22)

Ak escuchó con seriedad el relato de Claus, acariciándose la barba de tal manera que con ese movimiento lento y grácil denotaba una profunda reflexión. Asintió con aprobación cuando Claus contó cómo los Knooks y las Hadas lo salvaron de la muerte, y frunció el ceño cuando oyó cómo los Awgwas le robaron los juguetes para los niños. Finalmente dijo:

—Desde el comienzo he aprobado el trabajo que estás haciendo entre los hijos de los hombres, y me molesta que tus buenas acciones se vean frustradas por los Awgwas. Nosotros, los inmortales, no tenemos relación alguna con las criaturas malvadas que te han atacado. Siempre los hemos evitado, y ellos, a su vez, se han cuidado de no cruzarse en nuestro camino. Pero en este asunto encuentro que han interferido con uno de nuestros amigos, y les pediré que abandonen su persecución, ya que estás bajo nuestra protección. Claus le agradeció al Maestro de los Bosques y regresó a su Valle, mientras Ak, que nunca se demoraba en cumplir sus promesas, viajó inmediatamente a las montañas de los Awgwas.

Allí, de pie sobre las rocas desnudas, llamó al Rey y a su gente para que aparecieran.

Al instante, el lugar se llenó de multitudes de Awgwas con el ceño fruncido, y su Rey, posado sobre la punta de una roca, exigió ferozmente:

—¿Quién se atreve a llamarnos?

—Soy yo, el Maestro de los Bosques del Mundo —respondió Ak.

—Aquí no hay bosques que puedas reclamar —gritó el Rey furioso—. No te debemos lealtad a ti, ¡ni a ningún inmortal!

—Eso es cierto —respondió Ak con calma—. Sin embargo, se han aventurado a interferir con las acciones de Claus, que habita en el Valle de la Risa y está bajo nuestra protección.

Muchos de los Awgwas comenzaron a murmurar ante este discurso, y su Rey se volvió amenazadoramente hacia el Maestro de los Bosques.

—¡Tú gobiernas los bosques, pero las llanuras y los valles son nuestros! —gritó—. ¡Quédate en tus oscuros bosques! Haremos lo que queramos con Claus.

—¡No le harán ningún daño a nuestro amigo! —respondió Ak.

—¿No lo haremos? —preguntó el Rey con insolencia—. ¡Ya verás! Nuestros poderes son muy superiores a los de los mortales, y tan grandes como los de los inmortales.

—Es su arrogancia lo que los engaña —dijo Ak con severidad—. Son una raza pasajera, que pasa de la vida a la nada. Nosotros, los que vivimos eternamente, los compadecemos, pero los despreciamos. En la Tierra son

despreciados por todos, ¡y en el Cielo no tienen lugar! Incluso los mortales, después de su vida terrenal, entran en otra existencia para siempre, y así son sus superiores. Entonces, ¿cómo te atreves tú, que no eres ni mortal ni inmortal, a negarte a obedecer mi deseo?

Los Awgwas se pusieron de pie con gestos amenazadores, pero su Rey les hizo un gesto para que retrocedieran.

—Nunca antes —le gritó a Ak, mientras su voz temblaba de rabia—, un inmortal se había declarado el amo de los Awgwas. ¡Nunca más un inmortal se atreverá a interferir en nuestras acciones! Porque vengaremos tus despreciativas palabras matando a tu amigo Claus dentro de tres días. Ni tú, ni todos los inmortales podrán salvarlo de nuestra ira. ¡Desafiamos tus poderes! ¡Vete, Maestro de los Bosques del Mundo! En el país de los Awgwas no tienes lugar.

—¡Es la guerra! —declaró Ak, con ojos brillantes.

—¡Es la guerra! —respondió el Rey salvajemente—. En tres días tu amigo estará muerto.

El Maestro se alejó y fue a su Bosque de Burzee, donde convocó una reunión de los inmortales y les contó el desafío de los Awgwas y su propósito de matar a Claus en tres días.

Los pequeños lo escucharon en silencio.

—¿Qué haremos? —preguntó Ak.

—Estas criaturas no son beneficiosas para el mundo —dijo el Príncipe de los Knooks—; debemos destruirlas.

—Sus vidas son devotas únicamente a malas acciones —dijo el Príncipe de los Ryls—. Debemos destruirlos.

—No tienen conciencia y se esfuerzan por hacer a todos los mortales tan malos como ellos —dijo la Reina de las Hadas—. Debemos destruirlos.

El Maestro de los Bosques sonrió.

—Hablan bien —dijo—. Sabemos que estos Awgwa son una raza poderosa, y lucharán denodadamente; sin embargo, el resultado es seguro. Porque nosotros que vivimos nunca podemos morir, aunque seamos conquistados por nuestros enemigos, mientras que cada Awgwa que es abatido es un enemigo menos que se nos opone.

Prepárense, pues, para la batalla, ¡y decidámonos a no mostrar piedad a los malvados!

Así surgió esa terrible guerra entre los inmortales y los espíritus del mal sobre la que se canta en el País de las Hadas hasta el día de hoy.

El rey Awgwa y su banda decidieron cumplir la amenaza de destruir a Claus. Ahora lo odiaban por dos razones: hacía felices a los niños y era amigo del Maestro de los Bosques. Pero desde la visita de Ak tenían motivos para temer la oposición de los inmortales, y temían la derrota. Así que el Rey envió veloces mensajeros a todas partes del mundo para convocar a todas las criaturas malignas en su ayuda.

Y al tercer día de la declaración de guerra, un poderoso ejército estaba a las órdenes del Rey Awgwa. Había trescientos Dragones Asiáticos, que exhalaban fuego que consumía todo lo que tocaba. Estos odiaban a la humanidad y a todos los buenos espíritus. Y estaban los Gigantes de tres ojos de Tatary, que ellos mismos ya equivalían a un ejército, a quienes nada les gustaba más

que luchar. Y a continuación venían los Demonios Negros de Patalonia, con grandes alas extendidas como las de un murciélago, que sembraban el terror y la miseria por el mundo mientras golpeaban el aire. A ellos se unieron los Goozzle-Goblins, con largas garras afiladas como espadas, con las que arañaban la carne de sus enemigos. Finalmente, todos los Awgwa de las montañas del mundo habían acudido a participar en la gran batalla contra los inmortales.

El rey Awgwa miró a su alrededor y contempló aquel vasto ejército, y su corazón latió con orgullo perverso, pues creía que triunfaría con toda seguridad sobre sus gentiles enemigos, que nunca antes habían luchado. Pero el Maestro de los Bosques no había estado inactivo.

Ninguno de los suyos estaba acostumbrado a la guerra, pero ahora que debían enfrentarse a las huestes del mal, se preparaban de muy buena gana para la batalla. Ak les había ordenado reunirse en el Valle de la Risa, donde Claus, ignorante de la terrible batalla que se iba a librar por su culpa, estaba tranquilamente fabricando sus juguetes.

Pronto todo el Valle, de colina a colina, se llenó de pequeños inmortales. El Maestro de los Bosques fue el primero, portando un hacha reluciente que brillaba como la plata bruñida. Después llegaron los Ryls, armados con afiladas espinas de zarzas. Después, los Knooks, con las lanzas que utilizaban cuando se veían obligados a someter a sus bestias salvajes. Las Hadas, vestidas de gasa blanca con alas del arco iris, llevaban varitas de oro, y las Ninfas del Bosque, con sus uniformes verdes

como hojas de roble, portaban varas de fresno como armas.

El Rey Awgwa soltó una carcajada al ver el tamaño y las armas de sus enemigos. Sin duda, la poderosa hacha del Maestro era temible, pero las Ninfas de rostro dulce y las hermosas Hadas, los gentiles Ryls y los torcidos Knooks eran gente tan inofensiva que casi sintió vergüenza de haber llamado a tan terrible hueste para oponerse a ellos.

—Ya que estos tontos se atreven a luchar —le dijo al líder de los Gigantes Tatory—, ¡los abrumaré con nuestros poderes malignos!

Para comenzar la batalla, levantó una gran piedra con la mano izquierda y la arrojó contra la robusta figura del Maestro de los Bosques, que la apartó con su hacha. Entonces los Gigantes de tres ojos de



Tatory se abalanzaron sobre los Knooks, los Goozzle-Goblins sobre los Ryls y los Dragones que escupían fuego sobre las dulces Hadas. Como las Ninfas eran el propio pueblo de Ak, la banda de Awgwas las buscó, pensando vencerlas con facilidad.

Pero es ley que mientras el Mal, sin oposición, puede llevar a cabo actos terribles, los poderes del Bien nunca pueden ser derrocados cuando se oponen al Mal. ¡Bien le hubiera ido al Rey Awgwa si hubiera conocido la Ley!

Su ignorancia le costó su existencia, pues un destello del hacha que portaba el Maestro de los Bosques del Mundo partió en dos al malvado Rey y libró a la tierra de la criatura más vil que contenía.

Los Gigantes de Tatary se sorprendieron enormemente cuando las lanzas de los pequeños Knooks atravesaron sus gruesas paredes de carne y los hicieron caer al suelo con aullidos de agonía.

Desgraciados fueron los Goblins de afilados talones cuando las espinas de los Ryls alcanzaron sus salvajes corazones y dejaron que su sangre salpicara toda la llanura. Y después de cada gota creció un cardo.

Los Dragones se detuvieron asombrados ante las varitas de las Hadas, de donde brotó un poder que hizo que sus ardientes alientos fluyeran de vuelta sobre sí mismos, de modo que se marchitaron y murieron.

En cuanto a los Awgwa, apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de cómo habían sido destruidos, pues las varitas de fresno de las Ninfas tenían un encanto desconocido para cualquier Awgwa, y convertían a sus enemigos en terrones de tierra al menor contacto.

Cuando Ak se apoyó en su reluciente hacha y se volvió para contemplar el campo de batalla, vio que los pocos Gigantes que podían correr desaparecían por las lejanas colinas de regreso a Tatary. Los Goblins habían perecido todos, al igual que los terribles Dragones, mientras que de los malvados Awgwas sólo quedaba un gran número de montículos de tierra que salpicaban la llanura.

Y ahora los inmortales se desvanecían del Valle como el rocío al amanecer, para reanudar sus tareas en el

Bosque, mientras Ak caminaba lenta y pensativamente hasta la casa de Claus y entraba.

—Tienes muchos juguetes listos para los niños —dijo el Maestro de los Bosques—, y ahora puedes llevarlos por la llanura hasta las viviendas y las aldeas sin miedo.

—¿No me harán daño los Awgwas? —preguntó Claus ansioso.

—Los Awgwas —dijo Ak—, ¡han perecido!

Ahora con gusto habré terminado con los espíritus malignos y con la lucha y el derramamiento de sangre. No fue por elección que hablé de los Awgwas y sus aliados, y de su gran batalla contra los inmortales. Eran parte de esta historia y no podían evitarse.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El primer viaje con los Renos (15/22)

Eran días felices para Claus cuando llevaba su acumulación de juguetes a los niños que tanto los habían esperado. Durante su encarcelamiento en el Valle había sido tan trabajador que todas sus estanterías estaban llenas de juguetes, y después de abastecer rápidamente a los pequeños que vivían cerca, vio que ahora debía extender sus viajes a campos más amplios.

Recordando el tiempo en que había viajado con Ak por todo el mundo, sabía que había niños por todas partes, y anhelaba hacer felices con sus regalos al mayor número posible.

Así que cargó un gran saco con toda clase de juguetes, se lo echó a la espalda para poder transportarlo con más facilidad y emprendió el viaje más largo de los que había emprendido hasta entonces.

Dondequiera que asomaba su alegre rostro, en aldeas o granjas, recibía una cordial bienvenida, pues su fama se había extendido a tierras lejanas. En cada aldea, los niños se arremolinaban a su alrededor, siguiendo sus pasos allá donde iba; y las mujeres le agradecían la alegría que traía a sus pequeños; y los hombres lo miraban con curiosidad por dedicar su tiempo a una

ocupación tan extraña como la fabricación de juguetes. Pero todos le sonreían y le dedicaban palabras amables, y Claus se sintió ampliamente recompensado por su largo viaje.

Cuando el saco estuvo vacío, regresó al Valle de la Risa y volvió a llenarlo hasta los topes. Esta vez siguió otro camino, hacia otra parte del país, y llevó la felicidad a muchos niños que nunca antes habían tenido un juguete ni se habían imaginado que existiera algo tan encantador.

Después de un tercer viaje, tan lejano que Claus recorrió la distancia a pie durante varios días, el almacén de juguetes se agotó y sin demora se dispuso a hacer un nuevo suministro.

Al ver a tantos niños y estudiar sus gustos, había adquirido varias ideas nuevas sobre los juguetes. Había descubierto que las muñecas eran el juguete más encantador para los bebés y las niñas, y a menudo las que no sabían decir "muñeca" pedían una en su dulce lenguaje infantil. Así que Claus decidió hacer muchas muñecas, de todos los tamaños, y vestirlas con ropa de colores vivos. A los niños mayores, e incluso a algunas niñas, les encantaban las imágenes de animales, así que siguió haciendo gatos, elefantes y caballos. Y muchos de los pequeños tenían naturaleza musical y ansiaban tambores, platillos, silbatos y cuernos. Así que hizo varios tambores de juguete, con pequeños palos para tocarlos, y silbatos de madera de sauce, cuernos de cañas del pantano y platillos de trozos de metal golpeado.

Todo esto lo mantuvo ocupado en su trabajo, y antes de que se diera cuenta llegó el invierno, con nieves más profundas de lo habitual, y supo que no podría abandonar el Valle con su pesada mochila. Además, el próximo viaje lo llevaría más lejos de casa que todos los anteriores, y Jack Escarcha era lo bastante travieso como para pellizcarle la nariz y las orejas si emprendía el largo viaje mientras reinaba el Rey Escarcha. El Rey Escarcha era el padre de Jack y nunca lo castigaba por sus travesuras.

Así que Claus permaneció en su banco de trabajo, pero silbaba y cantaba tan alegremente como siempre, pues no permitía que ninguna desilusión amargara su temperamento o lo hiciera infeliz.

Una brillante mañana miró por la ventana y vio dos ciervos, a quienes había conocido en el Bosque, que se acercaban a la casa.

Claus se sorprendió; no de que los amistosos ciervos lo visitaran, sino de que caminaran sobre la superficie de la nieve tan fácilmente como si fuera tierra firme, a pesar de que en todo el Valle la nieve tenía muchos metros de profundidad. Uno o dos días antes había salido de su casa y se había hundido hasta los codos en la nieve.

Así que cuando los ciervos se acercaron abrió la puerta y los llamó:

—¡Buenos días Sedoso! Dime cómo eres capaz de caminar sobre la nieve con tanta facilidad.

—Está helada —respondió Sedoso.

—El Rey Escarcha ha soplado sobre ella —dijo Lustroso, acercándose—, y la superficie es ahora tan sólida como el hielo.

—Tal vez —comentó Claus pensativo—, ahora podría llevar mi paquete de juguetes a los niños.

—¿Es un viaje largo? —preguntó Sedoso.

—Si; me tomará varios días, porque la mochila pesa mucho —respondió Claus.

—Entonces la nieve se derretirá antes de que regreses —dijo el ciervo—. Debes esperar la primavera, Claus. Claus suspiró.

—Si tuviera tus pies veloces —dijo—, podría hacer el viaje en un día.

—Pero no los tienes —respondió Lustroso, mirando con orgullo sus esbeltas piernas.

—Tal vez podría montar a tus espaldas —se aventuró a decir Claus, después de una pausa.

—Oh, no; nuestras espaldas no son lo bastante fuertes para soportar tu peso —dijo Sedoso decidido—. Pero si tuvieras un trineo y pudieras engancharnos a él, podríamos arrastrarte a ti y a tu mochila fácilmente.

—¡Haré un trineo! —exclamó Claus—. ¿Aceptan arrastrarme si lo hago?

—Bueno —respondió Sedoso—, primero debemos ir a pedir permiso a los Knooks, que son nuestros guardianes; pero si ellos consienten, y tú puedes hacer un trineo y un arnés, te ayudaremos con mucho gusto.

—¡Pues vayan en seguida! —gritó Claus ansioso—. Estoy seguro de que los amistosos Knooks darán su

consentimiento, y para cuando regresen, estaré listo para engancharlos a mi trineo.

Sedoso y Lustroso, que eran ciervos muy inteligentes, llevaban mucho tiempo deseando ver el gran mundo, así que corrieron alegremente sobre la nieve helada para preguntar a los Knooks si podían llevar a Claus en su viaje.

Mientras tanto, el juguetero se apresuró a construir un trineo con material de su pila de leña. Hizo dos largas correderas que giraban hacia arriba en los extremos delanteros, y a través de ellas clavó tablas cortas para hacer una plataforma. Pronto estuvo terminado, pero su aspecto era todo lo tosco que podía ser un trineo.

El arnés era más difícil de preparar, pero Claus trenzó cuerdas fuertes y las anudó para que se ajustaran al cuello de los ciervos, en forma de collar. De allí salían otras cuerdas para sujetar el ciervo a la parte delantera del trineo.

Antes de terminar el trabajo, Lustroso y Sedoso habían regresado del Bosque, pues Will Knook les había concedido permiso para hacer el viaje con Claus, siempre y cuando llegaran a Burzee al amanecer del día siguiente.

—No es mucho tiempo —dijo Sedoso—, pero somos rápidos y fuertes, y si nos ponemos en marcha esta tarde, podremos recorrer muchas millas durante la noche.

Claus decidió intentarlo, así que se apresuró a hacer los preparativos lo más rápido posible. Al cabo de un rato, ató los collares al cuello de sus corceles y los enganchó a su rudimentario trineo. Luego colocó un banquito sobre

la pequeña plataforma, para que le sirviera de asiento, y llenó un saco con sus juguetes más bonitos.

—¿Cómo piensas guiarnos? —preguntó Lustroso—. Nunca hemos salido del Bosque, salvo para visitar tu casa, así que no conocemos el camino.

Claus se lo pensó un momento. Entonces, trajo más cuerdas y ató dos de ellas a las astas extendidas de cada ciervo, una a la derecha y otra a la izquierda.

—Estas serán mis riendas —dijo Claus—, y cuando tire de ellas hacia la derecha o hacia la izquierda, deben ir en esa dirección. Si no tiro de las tiendas, sigan derecho.

—Muy bien —respondieron Lustroso y Sedoso; entonces preguntaron— ¿Estás listo?

Claus se sentó en el banquito, colocó el saco de juguetes a sus pies y recogió las tiendas. —¡Todo listo! —gritó—. ¡Allá vamos!



Los ciervos se inclinaron hacia delante, levantaron sus esbeltas extremidades y al instante siguiente el trineo voló sobre la nieve helada. La rapidez del movimiento sorprendió a Claus, pues en pocas zancadas habían cruzado el Valle y se deslizaban por la amplia llanura. Cuando partieron, el día se había convertido en tarde, pues Claus había trabajado con gran rapidez y había empleado muchas horas en los preparativos. Pero la luna brillaba para iluminarles el camino, y Claus pronto

decidió que era tan agradable viajar de noche como de día.

A los ciervos les gustaba más, pues, aunque deseaban ver algo del mundo, les daba miedo encontrarse con hombres, y ahora todos los habitantes de los pueblos y granjas estaban profundamente dormidos y no podían verlos.

Se alejaron a toda velocidad por las colinas, los valles y las llanuras, hasta que llegaron a una aldea en la que Claus no había estado nunca.

Allí les pidió que se detuvieran, y ellos obedecieron inmediatamente. Pero se presentaba una nueva dificultad, porque la gente había cerrado las puertas al acostarse, y Claus se encontró con que no podía entrar en las casas para dejar sus juguetes.

—Me temo, amigos míos, que hemos hecho el viaje en vano —dijo—, pues me veré obligado a llevar mis juguetes de vuelta a casa sin dárselos a los niños de este pueblo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sedoso.

—Las puertas están cerradas —contestó Claus—, y no puedo entrar.

Lustroso miró las casas a su alrededor. La nieve era bastante profunda en aquel pueblo, y justo delante de ellos había un tejado a sólo unos metros por encima del trineo. Una ancha chimenea, que a Lustroso le pareció lo bastante grande como para admitir a Claus, estaba en la cúspide del tejado.

—¿Por qué no bajas por esa chimenea? —preguntó Lustroso.

Claus la miró.

—Eso sería bastante fácil si estuviera en lo alto del tejado —respondió.

—Entonces agárrate fuerte y te llevaremos hasta allí —dijeron los ciervos, y dieron un salto hasta el tejado y aterrizaron junto a la gran chimenea.

—¡Bien! —gritó Claus, muy contento; y se echó el paquete de juguetes al hombro y se metió en la chimenea.

Había mucho hollín en los ladrillos, pero no le importó, y apoyando las manos y las rodillas en los costados se arrastró hacia abajo hasta llegar a la chimenea.

Saltando ligeramente sobre las brasas humeantes, se encontró en una gran sala de estar, donde ardía una tenue luz.

De esta sala salían dos puertas que conducían a cámaras más pequeñas. En una de ellas yacía dormida una mujer, con un bebé a su lado en una cuna.

Claus se rio, pero no lo hizo en voz alta por miedo a despertar al bebé. Luego sacó una gran muñeca de su mochila y la colocó en la cuna. El pequeño sonrió, como si soñara con el bonito juguete que encontraría al día siguiente, y Claus salió sigilosamente de la habitación y entró por la otra puerta.

Allí estaban los dos niños, profundamente dormidos y abrazados. Claus los miró con cariño un momento y luego colocó sobre la cama un tambor, dos cuernos y un elefante de madera.

No se demoró, ahora que su trabajo en esta casa había terminado, sino que volvió a subir por la chimenea y se sentó en su trineo.

—¿Pueden encontrar otra chimenea? —les preguntó a los ciervos.

—Fácilmente —respondieron Lustroso y Sedoso.

Bajaron corriendo hasta el borde del tejado, y luego, sin detenerse, saltaron por los aires hasta lo alto del siguiente edificio, donde había una enorme y antigua chimenea.

—No tardes tanto esta vez —dijo Sedoso—, o nunca volveremos al Bosque al amanecer.

Claus bajó también por esta chimenea y encontró a cinco niños durmiendo en la casa, a quienes les dejó rápidamente juguetes.

Cuando regresó, el ciervo saltó al tejado de al lado, pero al bajar por la chimenea no encontró a ningún niño. Sin embargo, esto no era frecuente en el pueblo, por lo que perdió menos tiempo del que cabría suponer visitando las tristes casas donde no había niños.

Cuando hubo bajado por las chimeneas de todas las casas de aquel pueblo, y hubo dejado un juguete para cada niño que dormía, Claus se dio cuenta de que su gran saco aún no estaba medio vacío.

—¡Adelante, amigos! —dijo a los ciervos—, debemos buscar otro pueblo.

Así que se pusieron en marcha, a pesar de que ya había pasado la medianoche, y en un tiempo sorprendentemente corto llegaron a una gran ciudad, la más grande que Claus había visitado desde que empezó a fabricar juguetes. Pero, sin amedrentarse por la multitud de casas, se puso a trabajar de inmediato y sus hermosos corceles lo llevaron rápidamente de un tejado

a otro; sólo los más altos estaban más allá de los saltos de los ágiles ciervos.

Por fin se agotó la provisión de juguetes y Claus se sentó en el trineo, con el saco vacío a sus pies, y volvió las cabezas de Lustroso y Sedoso hacia su casa.

Sedoso preguntó:

—¿Qué es esa raya gris en el cielo?

—Es la llegada del alba —respondió Claus, sorprendido de que fuera tan tarde.

—¡Santo cielo! —exclamó Lustroso—, entonces no llegaremos a casa al amanecer, y los Knooks nos castigarán y no nos dejarán venir nunca más.

—Debemos apresurarnos a llegar al Valle de la Risa y hacerlo lo mejor posible —respondió Sedoso—, ¡así que agárrate fuerte, amigo Claus!

Claus se aferró y al momento siguiente volaba tan rápido sobre la nieve que no podía ver los árboles mientras pasaban. Colina arriba y colina abajo, rápidos como una flecha lanzada con un arco; Claus cerró los ojos para que no le diera el viento y dejó que los ciervos encontraran su propio camino.

Le parecía que se precipitaban por el espacio, pero no tenía miedo. Los Knooks eran maestros severos, y había que obedecerlos a toda costa, y la raya gris en el cielo crecía más brillante a cada momento.

Finalmente, el trineo se detuvo de golpe y Claus, que estaba desprevenido, cayó de su asiento a un montón de nieve. Mientras se levantaba, oyó el grito del ciervo: —¡Rápido, amigo, rápido! ¡Córtanos el arnés!

Sacó su cuchillo y cortó rápidamente las cuerdas; luego se secó la humedad de los ojos y miró a su alrededor. El trineo se había detenido en el Valle de la Risa, a pocos metros de su puerta. En el este estaba amaneciendo, y volviéndose hacia el borde del bosque de Burzee, vio a Lustroso y Sedoso desapareciendo en su interior.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: "¡Santa Claus!" (16/22)

Claus pensó que ninguno de los niños sabría nunca de dónde venían los juguetes que encontraban junto a sus camas al despertarse a la mañana siguiente. Pero las buenas obras traen fama, y la fama tiene muchas alas para llevar sus noticias a tierras lejanas, de modo que, a lo largo de kilómetros y kilómetros en todas las direcciones, la gente hablaba de Claus y sus maravillosos regalos para los niños. La dulce generosidad de su trabajo provocó las burlas de algunos egoístas, pero incluso éstos se veían forzados a admitir su respeto por un hombre tan bondadoso que amaba dedicar su vida a complacer a los niños indefensos de su raza.



Por eso, los habitantes de todas las ciudades y pueblos esperaban con impaciencia la llegada de Claus, y a los niños les contaban historias extraordinarias sobre sus hermosos juguetes para mantenerlos pacientes y contentos.

Cuando, a la mañana siguiente del primer viaje de Claus con sus ciervos, los pequeños fueron corriendo a ver a

sus padres con los bonitos juguetes que habían encontrado y les preguntaron de dónde habían salido, sólo hubo una respuesta a la pregunta.

—El buen Claus debe haber estado aquí, queridos; ¡pues los suyos son los únicos juguetes de todo el mundo!

—Pero, ¿cómo entró? —preguntaron los niños.

Al oír esto los padres negaron con la cabeza, incapaces ellos mismos de entender cómo había conseguido Claus entrar en sus casas; pero las madres, observando las caras de sus pequeños, susurraron que el buen Claus no era un hombre mortal, sino ciertamente un Santo, y bendijeron piadosamente su nombre por la felicidad que había concedido a sus hijos.

—Un Santo —dijo uno con la cabeza inclinada— no necesita abrir puertas si le place entrar en nuestras casas.

Y después, cuando un niño era travieso o desobediente, su madre le decía:

—Debes rezar al buen Santa Claus para que te perdone. No le gustan los niños traviosos y, a menos que te arrepientas, no te traerá más juguetes bonitos.

Pero el propio Santa Claus no habría aprobado este discurso. Traía juguetes a los niños porque eran pequeños e indefensos, y porque los quería. Sabía que los mejores niños a veces eran traviosos, y que los traviosos a menudo eran buenos. Así son los niños de todo el mundo, y él no habría cambiado su naturaleza si hubiera tenido el poder de hacerlo.

Y así es como nuestro Claus se convirtió en Santa Claus. Es posible que cualquier hombre, mediante buenas acciones, sea consagrado como Santo en el corazón de la gente.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Nochebuena (17/22)

El día que amaneció cuando Claus regresaba de su paseo nocturno con Lustroso y Sedoso le trajo un nuevo problema. Will Knook, el principal guardián de los ciervos, acudió a él, hosco y malhumorado, para quejarse de que había retenido a Lustroso y Sedoso más allá del amanecer, en contra de sus órdenes.

—Pero no pudo haber pasado mucho tiempo desde el amanecer —dijo Claus.

—Un minuto después —respondió Will Knook—, y eso es tan malo como una hora. Pondré los mosquitos urticantes sobre Lustroso y Sedoso, y así sufrirán terriblemente por su desobediencia.

—¡No hagas eso! —suplicó Claus—. Ha sido mi culpa. Pero Will Knook no quiso escuchar excusas y se marchó refunfuñando y gruñendo a su manera malhumorada. Por esta razón, Claus entró al bosque para consultar con Necile sobre cómo rescatar a un buen ciervo de su castigo. Para su sorpresa, encontró a su viejo amigo, el Maestro de los Bosques, sentado en el círculo de las Ninfas.

Ak escuchó la historia del viaje nocturno de los niños y de la gran ayuda que los ciervos habían prestado a Claus al arrastrar su trineo sobre la nieve helada.

—No quiero que castiguen a mis amigos si puedo evitarlo—
—dijo el juguetero, cuando hubo terminado el relato—.
Sólo llegaron un minuto tarde, y corrieron más rápido
que el vuelo de un pájaro para llegar a casa antes del
amanecer.

Ak, pensativo, se acarició la barba un momento, y luego
mandó llamar al Príncipe de los Knooks, que gobierna a
todo su pueblo en Burzee, y también a la Reina de las
Hadas y al Príncipe de los Ryls.

Cuando todos se hubieron reunido, Claus volvió a contar
su historia, por orden de Ak, y entonces el Maestro se
dirigió al Príncipe de los Knooks, diciendo:

—La buena obra que Claus está haciendo, merece el
apoyo de todo inmortal honesto. Ya es llamado Santo en
algunas ciudades, y dentro de poco el nombre de Santa
Claus será conocido con cariño en todos los hogares
bendecidos con niños. Además, es hijo de nuestro Bosque,
por lo que le debemos nuestro aliento. Tú, Gobernante
de los Knooks, lo conoces hace muchos años; ¿no tengo
razón al decir que merece nuestra amistad?

El Príncipe, de rostro torcido y agrio como todos los
Knooks, sólo miró las hojas muertas a sus pies y
murmuró:

—¡Eres el Maestro de los Bosques del Mundo!

Ak sonrió, pero continuó en tono suave:

—Parece que los ciervos que guarda tu gente pueden
ser de gran ayuda para Claus, y como parecen
dispuestos a tirar de su trineo, te ruego que le permitas
utilizar sus servicios siempre que le plazca.

El Príncipe no respondió, pero golpeó la punta enroscada de su sandalia con la punta de su lanza, como si estuviera pensativo.

Entonces la Reina de las Hadas le habló de esta manera:

—Si accedes a la petición de Ak, me encargaré de que tus ciervos no sufran ningún daño mientras estén fuera del Bosque.

Y el Príncipe de los Ryls añadió:

—Por mi parte, concederé a todo ciervo que asista a Claus, el privilegio de comer mis plantas casa que dan fuerza, mis plantas grawule que dan ligereza de pies y mis plantas marbon que dan larga vida.

Y la Reina de las Ninfas dijo:

—A los ciervos que tiren del trineo de Claus se le permitirá bañarse en el estanque del Bosque de Nares, lo que les dará pelajes lisos y una belleza maravillosa.

El Príncipe de los Knooks, al oír estas promesas, se removió inquieto en su asiento, pues en el fondo odiaba rechazar una petición de sus compañeros inmortales, aunque le pedían un favor inusual, y los Knooks no acostumbran a conceder favores de ningún tipo.

Finalmente se volvió hacia sus sirvientes y les dijo:

—Llamen a Will Knook.

Cuando el huraño Will llegó y escuchó las demandas de los inmortales, protestó en voz alta contra concederlas.

—Los ciervos son ciervos —dijo—, y nada más que ciervos. Si fueran caballos sería correcto atarlos como tales. Pero nadie los ata porque son criaturas libres y salvajes, que no deben ningún servicio a la humanidad.

Degradaría a mis ciervos trabajar para Claus, que no es

más que un hombre a pesar de la amistad que le profesan los inmortales.

—Ya lo has oído —le dijo el Príncipe a Ak—. Hay verdad en lo que dice Will.

—Llamen a Lustroso y a Fossie —respondió el Maestro. Los ciervos fueron llevados a la conferencia y Ak les preguntó si se oponían a tirar del trineo para Claus.

—¡Claro que no! —respondió Lustroso—. Disfrutamos mucho del viaje.

—E intentamos llegar a casa al amanecer —añadió Sedoso—, pero por desgracia llegamos un minuto tarde.

—Un minuto perdido al amanecer no importa —dijo Ak—. Están perdonados por ese retraso.

—Siempre que no vuelva a ocurrir —dijo el Príncipe de los Knooks con severidad.

—¿Y les permitirás hacer otro viaje conmigo? —preguntó Claus ansioso.

El Príncipe reflexionó mientras miraba a Will, que fruncía el ceño, y al Maestro de los Bosques, que sonreía.

Luego se levantó y se dirigió a la compañía de la siguiente manera:

—Ya que todos me instan a que les conceda el favor, permitiré que los ciervos vayan con Claus una vez al año, en Nochebuena, siempre que regresen al Bosque al amanecer. Podrá elegir el número que desee, hasta diez, para que tiren de su trineo, y a estos se les conocerá entre nosotros como Renos, para distinguirlos de los demás. Y se bañarán en el Estanque de Nares; y comerán plantas de casa, grawle y marbon; y estarán

bajo la protección especial de la Reina de las Hadas. Y ahora deja de fruncir el ceño, Will Knook, pues mis palabras serán obedecidas.

Se alejó cojeando rápidamente entre los árboles, para evitar el agradecimiento de Claus y la aprobación de los demás inmortales, y Will, con el semblante tan enfadado como siempre, lo siguió.

Pero Ak estaba satisfecho, sabiendo que podía confiar en la promesa del Príncipe, por muy a regañadientes que se la hubiera hecho; y Lustroso y Sedoso corrieron a casa, levantando los talones encantados a cada paso.

—¿Cuándo es Nochebuena? —le preguntó Claus al Maestro.

—Dentro de unos diez días —respondió.

—Entonces no podré utilizar los ciervos este año —dijo Claus pensativo—, porque no tengo tiempo suficiente para llenar mi saco de juguetes.

—El astuto Príncipe lo previó —respondió Ak—, y por eso nombró la Nochebuena como el día en que podrías utilizar a los ciervos, sabiendo que te haría perder un año entero.

—Si tan sólo tuviera los juguetes que me robaron los Awgwas —dijo Claus tristemente—, podría llenar fácilmente mi saco para los niños.

—¿Dónde están? —preguntó el Maestro.

—No lo sé —respondió Claus—, pero los malvados Awgwas probablemente los escondieron en las montañas.

Ak se volvió a la Reina de las Hadas.

—¿Puedes encontrarlos? —preguntó.

—Lo intentaré —respondió ella alegremente.

Entonces Claus regresó al Valle de la Risa, para trabajar todo lo que pudiera, y una banda de Hadas voló inmediatamente a la montaña que había sido frecuentada por los Awgwas y comenzó la búsqueda de los juguetes robados.

Las Hadas, como bien sabemos, poseen poderes maravillosos; pero los astutos Awgwas habían escondido los juguetes en una cueva profunda y habían cubierto la abertura con rocas, para que nadie pudiera mirar dentro. Por lo tanto, toda búsqueda de los juguetes desaparecidos fue en vano durante varios días, y Claus, que se quedó en casa esperando noticias de las Hadas, casi se desesperó por conseguir los juguetes antes de Nochebuena.

Trabajaba duro en todo momento, pero le llevaba mucho tiempo tallar y dar forma a cada juguete y pintarlo adecuadamente, de modo que la mañana anterior a Nochebuena sólo la mitad de una pequeña estantería sobre la ventana estaba llena de juguetes listos para los niños.

Pero esa mañana las Hadas que buscaban en las montañas tuvieron una idea nueva. Se tomaron de las manos y avanzaron en línea recta a través de las rocas que formaban la montaña, empezando por el pico más alto y bajando, para que sus ojos brillantes no pudieran perderse ningún rincón. Y al fin descubrieron la cueva donde los malvados Awgwas habían amontonado los juguetes.

No tardaron mucho en abrir de par en par la boca de la cueva, y entonces cada una cogió todos los juguetes que

pudo cargar, luego volaron hacia Claus y depositaron el tesoro ante él.

El buen hombre se alegró de recibir, justo a tiempo, tal cantidad de juguetes con los que cargar su trineo, y envió un mensaje a Lustroso y Sedoso para que estuvieran listos para el viaje al anochecer.

Desde el último viaje había encontrado tiempo para reparar los arneses y reforzar el trineo, de modo que cuando los ciervos llegaron al anochecer no tuvo dificultad en engancharlos.

—Debemos ir en otra dirección esta noche —les dijo—, donde encontraremos niños que todavía nunca he visto. Y debemos viajar deprisa, pues mi saco está lleno de juguetes, ¡y hasta el borde!

Así que, justo cuando salió la luna, salieron corriendo del Valle de la Risa y cruzaron la llanura y las colinas hacia el sur. El aire era nítido y helado, y la luz de las estrellas tocaba



los copos de nieve y los hacía brillar como innumerables diamantes. Los renos avanzaban a saltos fuertes y firmes, y el corazón de Santa Claus era tan ligero y alegre que reía y cantaba mientras el viento silbaba junto a sus oídos:

"¡Con un jo, jo, jo,
y un ja, ja, ja!
Y un jo, jo! ja, ja, je!
Partimos ahora
pues ya es hora,
¡de hacer a los niños felices!"

Jack Escarcha lo oyó y se acercó corriendo con sus tenazas, pero cuando vio que era Claus se rio y volvió a alejarse.

Las lechuzas lo oyeron al pasar cerca de un bosque y asomaron la cabeza por los huecos de los troncos; pero cuando vieron quién era, susurraron a los mochuelos que anidaban cerca de ellas que sólo era Santa Claus llevando juguetes a los niños. Es curioso lo mucho que saben esas lechuzas.

Claus se detuvo en algunas de las granjas dispersas y bajó por las chimeneas para dejar regalos a los bebés. Poco después llegó a un pueblo y trabajó alegremente durante una hora distribuyendo juguetes entre los pequeños que dormían. Luego se marchó de nuevo, cantando su alegre villancico:

"Ahora partimos
Sobre la nieve reluciente,
¡Mientras los ciervos corren con algarabía!
Para niñas y niños
Cargamos los juguetes
¡Que llenarán sus corazones de alegría!"

A los ciervos les gustó el sonido de su grave voz y siguieron el ritmo de la canción con los cascos sobre la dura nieve; pero pronto se detuvieron ante otra

chimenea y Santa Claus, con los ojos brillantes y la cara enrojecida por el viento, bajó por sus humeantes lados y dejó un regalo para cada niño de la casa.

Era una noche alegre y feliz. Los ciervos echaron a correr y su conductor se dedicó afanosamente a repartir sus regalos entre los niños dormidos.

Pero al fin el saco quedó vacío, y el trineo se dirigió a casa; y de nuevo comenzó la carrera hacia el amanecer.

Lustroso y Sedoso no estaban dispuestos a ser reprendidos por segunda vez por su tardanza, así que huyeron con una rapidez que les permitió pasar el vendaval sobre el que cabalgaba el Rey Escarcha, y pronto llegaron al Valle de la Risa.

Es cierto que cuando Claus soltó los arneses de sus corceles el cielo oriental estaba cubierto de gris, pero Lustroso y Sedoso estaban en lo profundo del Bosque antes de que amaneciera.

Claus estaba tan cansado de su trabajo nocturno que se tumbó en su cama y cayó en un profundo sueño, y mientras dormía, el sol de Navidad apareció en el cielo y brilló sobre cientos de hogares felices, donde el sonido de las risas infantiles proclamaba que Santa Claus les había hecho una visita.

¡Que Dios lo bendiga! Fue su primera Nochebuena, y desde entonces lleva cientos de años cumpliendo noblemente su misión de llevar la felicidad al corazón de los niños pequeños.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo se colgaron las primeras medias sobre las chimeneas (18/22)

Cuando recuerdes que ningún niño, hasta que Santa Claus comenzó sus viajes, había conocido el placer de poseer un juguete, comprenderás cómo la alegría se apoderaba de los hogares de aquellos que habían sido favorecidos con una visita del buen hombre, y cómo hablaban de él día tras día en tonos cariñosos y estaban honestamente agradecidos por sus bondadosas acciones. Es cierto que la gente hablaba a menudo de los grandes guerreros, los reyes poderosos y los eruditos inteligentes de aquel tiempo; pero ninguno de ellos era tan querido como Santa Claus, porque ningún otro era tan altruista como para dedicarse a hacer felices a los demás. Porque una acción generosa vive más que una gran batalla o que el decreto de un rey o el ensayo de un erudito, porque se propaga y deja su huella en toda la naturaleza y perdura a través de muchas generaciones. El trato hecho con el Príncipe Knook cambió los planes de Santa Claus para siempre; pues, al no poder utilizar los renos más que una noche al año, decidió dedicar

todos los demás días a la fabricación de juguetes y, en Nochebuena, llevarlos a los niños del mundo.

Pero sabía que el trabajo de un año daría como resultado una vasta acumulación de juguetes, así que resolvió construir un nuevo trineo que fuera más grande, más fuerte y mejor adaptado para los viajes rápidos que el viejo y tosco trineo anterior.

Su primer acto fue visitar al Rey Gnomo, con quien hizo un trato para intercambiar tres tambores, una trompeta y dos muñecas por un par de finas correderas de acero, enroscadas bellamente en los extremos. Porque el Rey Gnomo tenía sus propios hijos, que, viviendo en los huecos bajo la tierra, en minas y cavernas, necesitaban algo para entretenerse.

Al cabo de tres días, las correderas de acero estaban listas, y cuando Claus llevó los juguetes al Rey Gnomo, su Majestad quedó tan complacido con ellos que, además de las correderas, le regaló una ristra de cascabeles de trineo de dulce sonido.

—Esto les gustará a Lustroso y Sedoso —dijo Claus, mientras hacía sonar los cascabeles y escuchaba su alegre sonido—. Pero debería tener dos ristras de cascabeles, una para cada ciervo.

—Tráeme otra trompeta y un gato de juguete —respondió el Rey—, y tendrás una segunda ristra de cascabeles como la primera.

—¡Es un trato! —gritó Claus, y se fue de nuevo a casa a por los juguetes.

El nuevo trineo se construyó con sumo cuidado, pues los Knooks trajeron un montón de tablas fuertes pero finas.

Claus construyó un tablero alto y redondeado para protegerlo de la nieve que dejaban tras de sí los veloces cascos de los ciervos, hizo unos laterales altos en la plataforma para poder transportar muchos juguetes y, por último, montó el trineo sobre las esbeltas guías de acero fabricadas por el Rey Gnomo.

Era un trineo muy bonito, grande y espacioso. Claus lo pintó con colores brillantes, aunque era probable que nadie lo viera durante sus viajes a medianoche, y cuando todo estuvo terminado mandó llamar a Lustroso y Sedoso para que vinieran a verlo.

Los ciervos admiraron el trineo, pero declararon con gravedad que era demasiado grande y pesado para que ellos lo tiraran.

—Podríamos tirar de él sobre la nieve, sin dudas —dijo Lustroso —, pero no lo haríamos lo suficientemente rápido como para permitirnos visitar las ciudades y pueblos lejanos y regresar al Bosque al amanecer.

—Entonces debo añadir dos ciervos más a mi equipo — declaró Claus, después de pensarlo un momento.

—El Príncipe Knook te permitió hasta diez. ¿Por qué no usarlos todos? —preguntó Sedoso —. Así podremos correr como el rayo y saltar a los tejados más altos con facilidad.

—¡Un equipo de diez renos! —gritó Claus encantado—. Será estupendo. Por favor, regresen al Bosque de inmediato y elijan ocho ciervos lo más parecidos a ustedes posible. Y todos deben comer de la planta de casa para volverse fuertes, la planta grawle para hacerlos ágiles, y la planta marbon para que vivan mucho

tiempo y me acompañen en mis viajes. Asimismo, será bueno que se bañen en el Estanque de Nares, que la encantadora Reina Zurline declara que los volverá realmente bellos. Si cumplen fielmente estos deberes, no hay duda de que en la próxima Nochebuena mis diez renos serán los más poderosos y hermosos que el mundo haya visto jamás.

Así que Lustroso y Sedoso fueron al Bosque a elegir a sus parejas, y Claus empezó a considerar la cuestión de un arnés para todos ellos.

Al final pidió ayuda a Peter Knook, pues el corazón de Peter es tan bondadoso como su cuerpo torcido, y además es extraordinariamente astuto. Y Peter accedió a proporcionar tiras de cuero duro para el arnés.

Este cuero estaba cortado de pieles de leones que habían alcanzado una edad tan avanzada que morían de forma natural, y por un lado tenía pelo leonado mientras que el otro lado estaba curado hasta la suavidad del terciopelo por los hábiles Knooks. Cuando Claus recibió estas tiras de cuero, las cosió cuidadosamente para hacer un arnés para los diez renos, que resultó ser fuerte y útil y le duró muchos años.

El arnés y el trineo se preparaban a deshoras, pues Claus dedicaba la mayor parte de sus días a la fabricación de juguetes. Éstos eran ahora mucho mejores que los primeros, pues los inmortales acudían a menudo a su casa para verlo trabajar y hacerle sugerencias. Fue idea de Necile hacer que algunos de los muñecos dijeran "papá" y "mamá". A los Knooks se les ocurrió poner un chirrido dentro de los corderitos, para que cuando un

niño los apretara dijeran "¡baaa!". Y la Reina de las Hadas aconsejó a Claus que pusiera silbatos en los pájaros, para hacerlos cantar, y ruedas en los caballos, para que los niños pudieran arrastrarlos. Muchos animales perecieron en el Bosque, por una u otra causa, y le llevaron a Santa Claus sus pieles para que cubriera con ellas las pequeñas imágenes de bestias que hacía como juguetes. Un alegre Ryl sugirió a Claus que hiciera un burro con una cabeza que asintiera, cosa que hizo, y después se dio cuenta de que divertía enormemente a los más pequeños. Y así, los juguetes crecieron en belleza y atractivo cada día, hasta que fueron la maravilla incluso de los inmortales.

Cuando se acercaba otra Nochebuena, había un monstruoso cargamento de hermosos regalos para los niños listo para ser cargado en el gran trineo. Claus llenó tres sacos hasta los topes y metió juguetes por todos los rincones de la caja del trineo.

Entonces, al anochecer, aparecieron los diez renos y Sedoso se los presentó a Claus. Eran Trueno, Relámpago, Juguetón, Cupido, Cometa, Bailarín, Acróbata y Rodolfo, que, con Lustroso y Sedoso, formaban los diez que han recorrido el mundo estos cientos de años con su generoso amo. Todos ellos eran extremadamente hermosos, de extremidades esbeltas, larga cornamenta, ojos oscuros aterciopelados y pelaje liso de color leonado moteado de blanco.

Claus los amó desde el primer momento, y los ha amado desde entonces, porque son amigos leales y le han prestado un servicio impagable.

El nuevo arnés les sentaba de maravilla y pronto estuvieron todos sujetos al trineo de dos en dos, con Lustroso y Sedoso a la cabeza. Llevaban las cuerdas de los cascabeles de trineo, y estaban tan encantados con la música que hacían, que no paraban de brincar arriba y abajo para hacer sonar los cascabeles.

Claus se sentó en el trineo, se cubrió las rodillas con una cálida manta y se tapó las orejas con un gorro de piel, e hizo chasquear su largo látigo como señal de partida.

Al instante, los diez saltaron hacia adelante y se alejaron como el viento, mientras el alegre Claus reía alegremente al verlos correr y gritaba una canción con su cálida y gran voz:

"¡Con un jo, jo, jo,
y un ja, ja, ja!
Y un jo, jo! ja, ja, je!
Partimos ahora
pues ya es hora,
¡de hacer a los niños felices!"
¡Hay mucha alegría
En nuestra carga de juguetes,
Como muchos niños pronto han de saber;
Los repartiremos en un día
veloces como un cohete
Sobre la nieve antes del amanecer!"

Aquella misma Nochebuena, la pequeña Margot, su hermano Dick y sus primos Ned y Sara, que estaban de visita en casa de Margot, llegaron de hacer un muñeco de nieve, con la ropa mojada, los mitones empapados y

los zapatos y las medias mojados, calados hasta los huesos. No los regañaron, pues la madre de Margot sabía que la nieve se estaba derritiendo, pero los mandaron pronto a la cama para que colgaran la ropa sobre las sillas y se secase. Los zapatos se colocaron sobre las tejas rojas de la chimenea, donde el calor de las brasas los calentaba, y los calcetines se colgaron cuidadosamente en fila en la chimenea, directamente sobre ella. Esa fue la razón por la que Santa Claus se fijó en ellos cuando bajó por la chimenea aquella noche en que toda la casa estaba profundamente dormida. Tenía mucha prisa y, al ver que todas las medias pertenecían a niños, se apresuró a meter en ellas sus juguetes y volvió a subir corriendo por la chimenea, apareciendo en el tejado tan de repente que los renos se asombraron de su agilidad.



“Ojalá todos colgaran sus medias. Me ahorraría mucho tiempo y así podría visitar a más niños antes del amanecer”, pensó mientras se dirigía a la siguiente chimenea.

A la mañana siguiente, cuando Margot, Dick, Ned y Sara saltaron de la cama y bajaron corriendo a buscar sus calcetines en la chimenea, se llenaron de alegría al ver los juguetes de Santa Claus en su interior. De hecho, creo que encontraron más regalos en sus calcetines que

cualquier otro niño de aquella ciudad, porque Santa Claus tenía prisa y no se paró a contar los juguetes. Por supuesto, se lo contaron a todos sus amiguitos y, naturalmente, cada uno de ellos decidió colgar sus propios calcetines junto a la chimenea la siguiente Nochebuena. Incluso Bessie Blithesome, que visitó aquella ciudad con su padre, el gran Lord Lerd, escuchó la historia contada por los niños y colgó sus propios calcetines junto a la chimenea cuando regresó a casa por Navidad.

En su siguiente viaje, Santa Claus encontró tantos calcetines colgados en espera de su visita que pudo llenarlos en un santiamén y marcharse de nuevo en la mitad del tiempo necesario para buscar a los niños y colocar los juguetes junto a sus camas.

La costumbre creció año tras año y siempre ha sido de gran ayuda para Santa Claus. Y, con tantos niños a los que visitar, seguro que necesitaba toda la ayuda que podemos darle.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El primer Árbol de Navidad (19/22)

Claus siempre había cumplido su promesa a los Knooks volviendo al Valle de la Risa al amanecer, pero sólo la rapidez de sus renos se lo ha permitido, pues viaja por todo el mundo.

Le encantaba su trabajo, el paseo nocturno en trineo y el alegre tintineo de los cascabeles del trineo. En aquel primer viaje con los diez renos, sólo Lustroso y Sedoso llevaban cascabeles; pero a partir de entonces, durante ocho años, Claus llevó regalos a los hijos del Rey de los Gnomos, y aquel bondadoso monarca le dio a cambio una ristra de cascabeles en cada visita, de modo que al final cada uno de los diez ciervos estaba provisto, y pueden imaginar que alegre melodía tocaban los cascabeles mientras el trineo corría sobre la nieve.

Los calcetines de los niños eran tan largos que se necesitaban muchos juguetes para llenarlos, y pronto Claus descubrió que había otras cosas, además de los juguetes, que gustaban a los niños. Así que envió a algunas de las Hadas, que siempre fueron sus buenas amigas, a los Trópicos, de donde regresaron con grandes bolsas llenas de naranjas y plátanos que habían arrancado de los árboles. Y otras Hadas volaban al

maravilloso Valle de Phunnyland, donde los deliciosos caramelos y bombones crecen densamente en los arbustos, y volvían cargadas con muchas cajas de dulces para los más pequeños. Cada Nochebuena, Santa Claus colocaba estas cosas en los largos calcetines, junto con sus juguetes, y los niños se alegraban de recibirlos, pueden estar seguros.

También hay países cálidos donde no nieva en invierno, pero Santa Claus y sus renos también los visitaban, como a los climas más fríos, ya que dentro de los patines de su trineo había unas ruedecitas que le permitían correr tan suavemente sobre el suelo desnudo como sobre la nieve. Y los niños que vivían en los países cálidos aprendieron a conocer el nombre de Santa Claus tan bien como los que vivían más cerca del Valle de la Risa. Una vez, cuando los renos estaban a punto de emprender su viaje anual, un hada se acercó a Santa Claus y le habló de tres niños que vivían bajo una rudimentaria tienda de pieles en una amplia llanura donde no había ningún árbol. Estos pobres bebés eran desgraciados e infelices, pues sus padres eran unos ignorantes que los descuidaban tristemente. Claus decidió visitar a estos niños antes de volver a casa, y durante su viaje recogió la copa de un pino que el viento había roto y la colocó en su trineo.

Era casi de día cuando el ciervo se detuvo ante la solitaria tienda de pieles donde dormían los pobres niños. Santa Claus plantó enseguida el trozo de pino en la arena y puso muchas velas en las ramas. Luego colgó del árbol algunos de sus juguetes más bonitos, así como

varias bolsas de caramelos. No tardó mucho en hacer todo esto, pues Santa Claus trabaja deprisa, y cuando todo estuvo listo encendió las velas y, asomando la cabeza por la abertura de la tienda, gritó:

—¡Feliz Navidad, pequeños!

A continuación, saltó a su trineo y se perdió de vista antes de que los niños, frotándose el sueño de los ojos, pudieran salir a ver quién los había llamado.

Pueden imaginarse el asombro y la alegría de aquellos pequeños, que nunca en su vida habían conocido un verdadero placer, cuando vieron el árbol, resplandeciente de luces que brillaban en el gris amanecer y repleto de juguetes suficientes para hacerlos felices durante años. Se tomaron de las manos y bailaron alrededor del árbol, gritando y riendo, hasta que se vieron obligados a hacer una pausa para respirar. Y sus padres también salieron a mirar y maravillarse, y a partir de entonces sintieron más respeto y consideración por sus hijos, ya que Santa Claus los había honrado con tan hermosos regalos.

La idea del árbol de Navidad agradó a Santa Claus, así que al año siguiente llevó muchos en su trineo y los instaló en las casas de gente pobre que rara vez veía árboles, y colocó velas y juguetes en las ramas. Por supuesto, no podía llevar suficientes árboles en una sola carga para todos los que los querían, pero en algunas casas los padres podían conseguir árboles y tenerlos todos listos para cuando llegara Santa Claus; y Santa Claus siempre los decoraba de la forma más bonita

posible y los adornaba con juguetes suficientes para todos los niños que venían a ver el árbol encendido.

Estas ideas novedosas y la generosidad con que se llevaban a cabo hacían que los niños anhelaran esa noche del año en que su amigo Santa Claus los visitaba, y como esa anticipación es muy agradable y reconfortante, los pequeños cosechaban mucha felicidad preguntándose qué pasaría la próxima vez que llegara Santa Claus.



¿Recuerdan al severo Barón Braun, que una vez expulsó a Santa Claus de su castillo y le prohibió visitar a sus hijos? Pues bien, muchos años después, cuando el viejo Barón murió y su hijo gobernó en su lugar, el nuevo Barón Braun llegó a casa de Claus con su séquito de caballeros, criados y lacayos y, desmontándose de su corcel, desnudó humildemente su cabeza ante el amigo de los niños.

—Mi padre no conocía tu bondad y tu valor —dijo—, y por eso amenazó con colgarte de los muros del castillo. Pero yo tengo mis propios hijos, que anhelan la visita de Santa Claus, y he venido a rogarte que de ahora en adelante los favorezcas como a los otros niños.

A Santa Claus le complació este discurso, pues el Castillo de Braun era el único lugar que nunca había visitado, y

prometió de buena gana llevar regalos a los hijos del Barón la siguiente Nochebuena.

El Barón se marchó contento, y Claus cumplió fielmente su promesa.

Así fue como este hombre, por su bondad, conquistó los corazones de todos; y no es de extrañar que siempre estuviera alegre y contento, pues no había hogar en el ancho mundo donde no fuera recibido con más majestad que cualquier rey.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: El manto de la inmortalidad (20/22)

Y ahora llegamos a un punto de inflexión en la carrera de Santa Claus, y es mi deber relatar lo más notable que ha sucedido desde que el mundo comenzó o la humanidad fue creada.

Hemos seguido la vida de Santa Claus desde que la ninfa del bosque Necile lo encontró indefenso y lo crio hasta la edad adulta en el gran bosque de Burzee. Y sabemos cómo empezó a fabricar juguetes para niños y cómo, con la ayuda y la buena voluntad de los inmortales, pudo distribuirlos entre los más pequeños de todo el mundo. Durante muchos años llevó a cabo esta noble labor, pues la vida sencilla y laboriosa que llevaba le proporcionaba una salud y una fuerza perfectas. Y sin duda un hombre puede vivir más tiempo en el hermoso Valle de la Risa, donde no hay preocupaciones y todo es paz y alegría, que en cualquier otra parte del mundo.

Pero cuando pasaron muchos años, Santa Claus envejeció. La larga barba castaña dorada que antes le cubría las mejillas y la barbilla se fue volviendo gris y, finalmente, blanca. Su pelo también era blanco y tenía arrugas en las comisuras de los ojos, que se veían claramente cuando se reía. Nunca había sido un hombre

muy alto, y ahora estaba gordo y caminaba como un pato. Pero, a pesar de todo, seguía tan vivaz como siempre, tan alegre y jovial, y sus ojos brillaban con la misma intensidad que el primer día que llegó al Valle de la Risa.

Sin embargo, es seguro que llegará un momento en que todos los mortales que han envejecido y vivido su vida tendrán que dejar este mundo para ir a otro, por lo que no es de extrañar que, después de que Santa Claus condujera sus renos en muchas y muchas vísperas de Navidad, aquellos amigos incondicionales susurraran finalmente entre ellos que probablemente habían tirado de su trineo por última vez.

Entonces todo el bosque de Burzee se entristeció y todo el Valle de la Risa enmudeció; pues todo ser viviente que había conocido a Claus solía amarlo y alegrarse al oír sus pasos o las notas de su alegre silbido.

Sin duda, las fuerzas del anciano se agotaron al fin, pues ya no hizo más juguetes, sino que se tumbó en la cama como en un sueño.

La Ninfa Necile, que lo había criado y había sido su madre adoptiva, seguía siendo joven, fuerte y hermosa, y le parecía que había transcurrido poco tiempo desde que aquel hombre anciano y de barba gris yaciera en



sus brazos y le sonriera con sus inocentes labios de bebé.

En esto se muestra la diferencia entre mortales e inmortales.

Fue una suerte que el gran Ak llegara al Bosque en ese momento. Necile lo buscó con ojos preocupados y le habló del destino que amenazaba a su amigo Claus. Al instante, el Maestro se puso serio, se apoyó en su hacha y se acarició la barba canosa pensativo durante muchos minutos. Luego, de repente, se irguió, levantó su poderosa cabeza con firme decisión y extendió su gran brazo derecho como si estuviera decidido a llevar a cabo alguna poderosa hazaña. Se le había ocurrido una idea tan grandiosa que todo el mundo debería inclinarse ante el Maestro de los Bosques y honrar su nombre para siempre.

Es bien sabido que cuando el gran Ak se compromete a hacer algo, no vacila ni un instante. Llamó a sus mensajeros más rápidos y los envió en un instante a muchas partes de la tierra. Y cuando se fueron, se volvió hacia la ansiosa Necile y la consoló diciendo: —Ten buen corazón, hija mía; nuestro amigo aún vive. Y ahora corre a ver a tu Reina y dile que he convocado un consejo de todos los inmortales del mundo para que se reúnan aquí en Burzee esta noche. Si obedecen y escuchan mis palabras, Claus conducirá sus renos durante incontables eras por venir.

A medianoche se produjo una escena maravillosa en el antiguo Bosque de Burzee, donde por primera vez en

muchos siglos se reunieron los gobernantes de los inmortales que habitan la tierra.

Allí estaba la Reina de los Espíritus del Agua, cuya hermosa figura era tan clara como el cristal, pero goteaba continuamente agua sobre el banco de musgo donde estaba sentada. Y a su lado estaba el Rey de los Duendes del Sueño, que llevaba una varita de cuyo extremo caía un fino polvo alrededor, de modo que ningún mortal podía mantenerse despierto el tiempo suficiente para verlo, ya que los ojos mortales se cerraban de sueño tan pronto como el polvo los llenaba. Y junto a él se sentaba el Rey de los Gnomos, cuyo pueblo habita toda esa región bajo la superficie de la tierra, donde guardan los metales preciosos y las piedras preciosas que yacen enterradas en rocas y minerales. A su derecha estaba el Rey de los Duendes del Sonido, que tenía alas en los pies, pues su pueblo es veloz para transportar todos los sonidos que se hacen. Cuando están ocupados, transportan los sonidos a distancias cortas, pues son muchos; pero a veces se apresuran con los sonidos a lugares a kilómetros y kilómetros de distancia de donde se producen. El Rey de los Duendes del Sonido tenía un rostro preocupado y ansioso, porque la mayoría de la gente no tiene ninguna consideración por sus Duendes y, especialmente los niños y las niñas, hacen muchos sonidos innecesarios que los Duendes se ven obligados a transportar cuando podrían estar mejor empleados.

El siguiente en el círculo de los inmortales era el Rey de los Demonios del Viento, de complexión delgada, inquieto

e intranquilo por estar confinado en un lugar, aunque sólo fuera una hora. De vez en cuando abandonaba su lugar y daba vueltas por el claro, y cada vez que lo hacía la Reina de las Hadas se veía obligada a desenredar los mechones de su cabello dorado y colocarlos detrás de sus orejas rosadas. Pero no se quejaba, pues no era frecuente que el Rey de los Demonios del Viento entrara en el corazón del bosque. Después de la Reina de las Hadas, cuyo hogar saben que estaba en el viejo Burzee, estaba el Rey de los Elfos de la Luz, con sus dos Príncipes, Relámpago y Crepúsculo, a sus espaldas. Nunca iba a ninguna parte sin sus Príncipes, pues eran tan traviosos que no se atrevía a dejarlos vagar solos.

El Príncipe Relámpago llevaba un rayo en la mano derecha y un cuerno de pólvora en la izquierda, y sus ojos brillantes vagaban constantemente a su alrededor, como si ansiara utilizar sus destellos cegadores. El Príncipe Crepúsculo sostenía un gran apagador en una mano y una gran capa negra en la otra, y es bien sabido que, a menos que Crepúsculo sea vigilado cuidadosamente, los apagadores o la capa arrojarán todo a la oscuridad, y la Oscuridad es el mayor enemigo que tiene el Rey de los Elfos de la Luz.

Pero en el centro del círculo se sentaban otros tres que poseían poderes tan grandes que todos los Reyes y Reinas les mostraban reverencia.

Estos eran Ak, el Maestro de los Bosques del Mundo, que gobierna los bosques y los huertos y las arboledas; Kern, el Maestro de los Agricultores del Mundo, que

gobierna los campos de cereales y los prados y los jardines; y Bo, el Maestro de los Marineros del Mundo, que gobierna los mares y todas las embarcaciones que flotan en ellos. Y todos los demás inmortales están más o menos sujetos a estos tres.

Cuando todos se hubieron reunido, el Maestro de los Bosques del Mundo se levantó para dirigirse a ellos, ya que él mismo los había convocado al consejo.

Con gran claridad les contó la historia de Claus, comenzando por el momento en que, siendo un bebé, había sido adoptado como hijo del Bosque; siguiendo por su naturaleza noble y generosa y sus esfuerzos de toda la vida por hacer felices a los niños.

—Y ahora —dijo Ak—, cuando se había ganado el amor de todo el mundo, el Espíritu de la Muerte lo acecha. De todos los hombres que han habitado la tierra, ninguno merece tanto la inmortalidad, pues una vida así no puede perderse mientras haya hijos de la humanidad que lo extrañen y se lamenten por su pérdida. Nosotros, los inmortales, somos los servidores del mundo, y para servir al mundo se nos permitió en el Comienzo, existir. Pero, ¿cuál de nosotros es más digno de la inmortalidad que este hombre Claus, que tan dulcemente se ocupa de los más pequeños?

Hizo una pausa y miró alrededor del círculo, para descubrir que todos los inmortales lo escuchaban con entusiasmo y asentían con la cabeza. Finalmente, el Rey de los Demonios del Viento, que había estado silbando suavemente para sí mismo, gritó:

—¿Cuál es tu deseo, Ak?

—Conceder a Claus el Manto de la Inmortalidad —dijo Ak con valentía.

Esta demanda era totalmente inesperada; esto se notó, pues los inmortales se levantaron de un salto y se miraron unos a otros consternados, y luego a Ak con asombro. Se trataba de un asunto grave, la entrega del Manto de la Inmortalidad.

La Reina de los Espíritus del Agua habló en voz baja y clara, y las palabras sonaron como gotas de lluvia que salpican el cristal de una ventana.

—En todo el mundo sólo hay un Manto de la Inmortalidad —dijo.

El Rey de los Duendes del Sonido añadió:

—Ha existido desde el Comienzo, y ningún mortal se ha atrevido a reclamarlo.

Y el Maestro de los Marineros del Mundo se levantó y estiro sus miembros, diciendo:

—Sólo con el voto de todos los inmortales puede otorgarse a un mortal.

—Todo eso lo sé —respondió Ak en voz baja—. Pero el Manto existe, y si fue creado, como dicen, en el Comienzo, fue porque el Maestro Supremo sabía que algún día sería necesario. Hasta ahora ningún mortal lo ha merecido, pero ¿quién de ustedes se atreve a negar que el buen Claus lo merece? ¿No votarán todos para concedérselo?

Permanecieron en silencio, mirándose unos a otros interrogantes.

—¿De qué sirve el Manto de la Inmortalidad si no se usa? —preguntó Ak—. ¿De qué nos serviría a cualquiera

de nosotros dejar que permanezca en su solitario santuario por los siglos de los siglos?

—¡Suficiente! —gritó el Rey de los Gnomos bruscamente—. Votaremos sobre el asunto, sí o no. Por mi parte, ¡yo digo que sí!

—¡Y yo! —dijo la Reina de las Hadas, con prontitud, y Ak la recompensó con una sonrisa.

—Mi gente de Burzee me ha dicho que han aprendido a quererlo; por lo tanto, voto por darle a Claus el Manto —dijo el Rey de los Ryls.

—Él ya es camarada de los Knooks —anunció el anciano Rey de aquella banda—. ¡Démosle la inmortalidad!

—¡Que la tenga, que la tenga! —suspiró el Rey de los Demonios del Viento.

—¿Por qué no? —preguntó el Rey de los Duendes del Sueño—. Él nunca perturba los sueños que mi pueblo permite a la humanidad. ¡Que el buen Claus sea inmortal!

—Yo no me opongo —dijo el Rey de los Duendes del Sonido.

—Yo tampoco —murmuró la Reina de los Espíritus del Agua.

—Si Claus no recibe el Manto está claro que nadie más podrá reclamarlo jamás —remarcó el Rey de los Elfos de la Luz—, así que acabemos con el asunto para siempre.

—Las Ninfas del Bosque fueron las primeras en adoptarlo —dijo la Reina Zurline—. Por supuesto, votaré para que sea inmortal.

Ak se volvió hacia el Maestro de los Agricultores del Mundo, que levantó el brazo y dijo:

—¡Sí!

Y el Maestro de los Marineros del Mundo hizo lo mismo, tras lo cual Ak, con los ojos brillantes y el rostro sonriente, gritó:

—¡Les doy las gracias, compañeros inmortales! Porque todos han votado "sí", y así nuestro querido Claus recibirá el único Manto de la Inmortalidad que está en nuestro poder otorgar.

—Traigámoslo de inmediato —dijo el Rey Sueño, Fay—; tengo prisa.

Asintieron con una reverencia, y al instante el claro del Bosque quedó desierto. Pero en un lugar a medio camino entre la tierra y el cielo estaba suspendida una reluciente cripta de oro y platino, resplandeciente con las suaves luces que desprendían las facetas de incontables gemas. Dentro de una alta cúpula colgaba el precioso Manto de la Inmortalidad, y cada inmortal puso una mano sobre el dobladillo de la espléndida Túnica y dijo, como con una sola voz:

—¡Concedemos este Manto a Claus, llamado el Santo Patrón de los Niños!

Al oír esto, el Manto se desprendió de su elevada cripta y lo llevaron a la casa del Valle de la Risa.

El Espíritu de la Muerte estaba agazapado junto a la cama de Claus, y cuando los inmortales se acercaron, se levantó de un salto y los hizo retroceder con un gesto de enfado. Pero cuando sus ojos se posaron en el Manto que llevaban, se encogió con un gemido de decepción y abandonó la casa para siempre.

Suave y silenciosamente, grupo de inmortales dejó caer sobre Claus el precioso Manto, que se cerró sobre él, se hundió en los contornos de su cuerpo y desapareció de su vista. Se convirtió en parte de su ser, y ni mortales ni inmortales podrían arrebatárselo jamás.

Entonces, los Reyes y Reinas que habían llevado a cabo esta gran hazaña se dispersaron hacia sus hogares, y todos se sintieron satisfechos de haber añadido otro inmortal a su pandilla.

Y Claus seguía durmiendo, con la sangre roja de la vida eterna corriendo velozmente por sus venas; y en su frente había una gotita de agua que había caído del vestido siempre derretido de la Reina de los Espíritus del Agua, y sobre sus labios flotaba un tierno beso que le había dejado la dulce Ninfa Necile. Ella había entrado cuando los demás se habían ido para contemplar embelesada la forma inmortal de su hijo adoptivo.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cuando el mundo envejeció (21/22)

A la mañana siguiente, cuando Santa Claus abrió los ojos y recorrió con la mirada la habitación que le era familiar y que temía no volver a ver, se sorprendió al encontrar renovadas sus antiguas fuerzas y sentir correr por sus venas la sangre roja de una salud perfecta. Saltó de la cama y se paró donde la brillante luz del sol entraba por la ventana y lo inundaba con sus alegres y danzantes rayos. No comprendía entonces qué había sucedido para devolverle el vigor de la juventud, pero, a pesar de que su barba seguía teniendo el color de la nieve y de que las arrugas aún se dibujaban en el rabillo de sus brillantes ojos, el viejo Santa Claus se sentía tan enérgico y alegre como un niño de dieciséis años, y no tardó en silbar satisfecho mientras se dedicaba a fabricar nuevos juguetes.

Entonces Ak se le acercó y le habló del Manto de la Inmortalidad y de cómo Claus lo había ganado gracias a su amor por los niños pequeños.

Por un momento, el viejo Santa Claus se entristeció al pensar que había sido tan favorecido, pero también se alegró al darse cuenta de que ahora ya no tendría que temer separarse de sus seres queridos. Inmediatamente

comenzó los preparativos para fabricar un notable surtido de bonitos y divertidos juguetes, y en mayor cantidad que nunca; pues ahora que podía dedicarse siempre a esta labor, decidió que ningún niño del mundo, pobre o rico, se quedaría en adelante sin regalo de Navidad, si él se las arreglaba para proporcionárselo. El mundo era nuevo en los días en que el querido Santa Claus empezó a fabricar juguetes y se ganó, con sus amorosas acciones, el Manto de la Inmortalidad. Y la tarea de proporcionar palabras alegres, simpatía y bonitos juguetes a todos los jóvenes de su raza no parecía una tarea difícil en absoluto. Pero cada año nacían más y más niños en el mundo, y éstos, cuando crecían, empezaban a esparcirse lentamente por toda la faz de la tierra, buscando nuevos hogares; de modo que Santa Claus se encontraba cada año con que sus viajes debían extenderse cada vez más lejos del Valle de la Risa, y que los paquetes de juguetes debían hacerse cada vez más grandes.

Así que, finalmente, consultó con sus compañeros inmortales cómo podría mantener el ritmo de su trabajo con el creciente número de niños, para que ninguno quedara desatendido. Y los inmortales estaban tan interesados en su trabajo que le prestaron su ayuda. Ak le dio a su hombre Kilter, el silencioso y veloz. Y el Príncipe Knook le dio a Peter, que era más torcido y menos hosco que cualquiera de sus hermanos. Y el Príncipe Ryl le dio a Nuter, el Ryl de temperamento más dulce jamás conocido. Y la Reina de las Hadas le dio a Wisk, esa diminuta, traviesa pero adorable Hada que

hoy conoce a casi tantos niños como el mismísimo Santa Claus.

Con estas personas que lo ayudaban a fabricar los juguetes, a mantener la casa en orden y a cuidar del trineo y los arneses, a Santa Claus le resultó mucho más fácil preparar su cargamento anual de regalos, y sus días empezaron a sucederse de forma tranquila y agradable.



Sin embargo, al cabo de unas pocas generaciones sus preocupaciones se renovaron, pues era notable cómo seguía creciendo el número de habitantes y cuántos niños más había cada año para atender. Cuando la gente llenó todas las ciudades y tierras de un país, vagaron por otra parte del mundo; y los hombres talaron los árboles de muchos de los grandes bosques que habían sido gobernados por Ak, y con la madera construyeron nuevas ciudades, y donde habían estado los bosques había campos de cereales y rebaños de ganado pastor. Podría pensarse que el Maestro del Bosque se rebelaría ante la pérdida de sus bosques; pero no fue así. La sabiduría de Ak era poderosa y previsor.

—El mundo se hizo para los hombres —le dijo a Santa Claus—, y yo sólo he cuidado los bosques hasta que los hombres los han necesitado para su uso. Me alegro de

que mis fuertes árboles puedan dar cobijo a los débiles cuerpos de los hombres y calentarlos durante los fríos inviernos. Pero espero que no talen todos los árboles, porque la humanidad necesita tanto el cobijo de los bosques en verano como el calor de los troncos ardientes en invierno. Y, por muy abarrotado que esté el mundo, no creo que los hombres lleguen nunca a Burzee, ni al Gran Bosque Negro, ni a los bosques salvajes de Braz; a menos que busquen sus sombras por placer y no para destruir sus gigantescos árboles.

Con el tiempo, la gente construyó barcos con los troncos de los árboles, cruzó océanos y construyó ciudades en tierras lejanas; pero los océanos no suponían una gran diferencia para los viajes de Santa Claus. Sus renos corrían sobre las aguas con la misma rapidez que sobre la tierra, y su trineo se dirigía de este a oeste siguiendo la estela del sol. Así, mientras la Tierra giraba lentamente, Santa Claus disponía de veinticuatro horas para rodearla cada Nochebuena, y los veloces renos disfrutaban cada vez más de estos maravillosos viajes. Así, año tras año, y generación tras generación, y siglo tras siglo, el mundo envejeció y la gente se hizo más numerosa y las labores de Santa Claus aumentaron sin cesar. La fama de sus buenas acciones se extendió a todos los hogares donde vivían niños. Y todos los pequeños lo querían profundamente; y los padres y las madres lo honraban por la felicidad que les había dado cuando ellos también eran jóvenes; y los abuelos y abuelas lo recordaban con tierna gratitud y bendecían su nombre.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Los Ayudantes de Santa Claus (22/22)

Sin embargo, hubo un mal en el camino de la civilización que causó a Santa Claus una gran cantidad de problemas antes de que descubriera la manera de superarlo. Pero, afortunadamente, fue la última prueba que se vio obligado a superar.

Una Nochebuena, cuando sus renos habían saltado a lo alto de un nuevo edificio, Santa Claus se sorprendió al ver que la chimenea se había construido mucho más pequeña de lo habitual. Pero no tenía tiempo para pensar en ello, así que respiró hondo, se hizo lo más pequeño posible y se deslizó por la chimenea.

—Ya debería estar en el fondo —pensó, mientras seguía deslizándose hacia abajo; pero ningún hogar se cruzó en su camino, y poco a poco llegó al final de la chimenea, que estaba en el sótano.

—Esto es extraño —reflexionó, muy desconcertado por la experiencia—. Si no hay un hogar, ¿para qué sirve la chimenea?

Luego empezó a subir de nuevo, pero le costó mucho trabajo, ya que el espacio era muy pequeño. Al subir, se fijó en un tubo delgado y redondo que sobresalía por el lateral de la chimenea, pero no supo para qué servía.

Finalmente llegó al tejado y dijo a los renos:

—No era necesario que bajara por esa chimenea, porque no encontré ningún hogar por el que entrar a la casa. Me temo que los niños que viven allí se quedarán sin juguetes esta Navidad.

Luego siguió conduciendo, pero pronto llegó a otra casa nueva con una chimenea pequeña. Esto hizo que Santa Claus sacudiera la cabeza con dudas; pero probó la chimenea y la encontró exactamente igual que la otra. Además, estuvo a punto de atascarse en el estrecho conducto y se rompió la chaqueta al intentar salir de nuevo, por lo que, aunque aquella noche se encontró con varias chimeneas semejantes, no se aventuró a descender por ninguna más.

—¿En qué demonios piensa la gente para construir chimeneas tan inútiles? —exclamó—. En todos los años que llevo viajando con mis renos nunca había visto nada igual.

Cierto; pero Santa Claus no había descubierto entonces que se habían inventado las estufas y que se empezaban a utilizar rápidamente. Cuando lo descubrió, se preguntó cómo era posible que los constructores de aquellas casas tuvieran tan poca consideración con él, cuando sabían muy bien que tenía por costumbre bajar por las chimeneas y entrar en las casas por los hogares. Tal vez los hombres que construían aquellas casas habían superado su propio amor por los juguetes, y les era indiferente que Santa Claus visitara o no a sus hijos. Sea cual fuere la explicación, los pobres niños se veían obligados a soportar la carga de la pena y la decepción.

Al año siguiente, Santa Claus encontró cada vez más chimeneas modernas sin hogar, y al siguiente todavía más. Al tercer año, las chimeneas estrechas eran tan numerosas que incluso le quedaron algunos juguetes en su trineo que no pudo regalar porque no llegaba hasta los niños.

El asunto se había vuelto tan serio que preocupaba mucho al buen hombre, y decidió hablarlo con Kilter, Peter, Nuter y Wisk.

Kilter ya sabía algo al respecto, pues había sido su deber recorrer todas las casas, justo antes de Navidad, y recoger las notas y cartas para Santa Claus que los niños habían escrito, diciendo lo que deseaban encontrar en sus calcetines o colgado en sus árboles de Navidad. Pero Kilter era un tipo callado, y rara vez hablaba de lo que veía en las ciudades y pueblos. Los demás estaban muy indignados.

—¡Esa gente actúa como si no deseara que sus hijos sean felices! —dijo el sensato Peter, en tono irritado—. La idea de apartar a un amigo tan generoso de sus pequeños.

—Pero mi intención es hacer felices a los niños, lo deseen o no sus padres —replicó Santa Claus—. Hace años, cuando comencé a fabricar juguetes, los niños estaban aún más desatendidos por sus padres que ahora; por eso he aprendido a no prestar atención a los padres desconsiderados o egoístas, sino a considerar únicamente los anhelos de la infancia.

—Tienes razón, maestro —dijo Nuter, el Ryl—; a muchos niños les faltaría un amigo si tú no los consideraras e intentaras hacerlos felices.

—Entonces —declaró el sonriente Wisk—, debemos renunciar a toda idea de utilizar estas chimeneas de última moda, convertirnos en ladrones y entrar a las casas de otra manera.

—¿De qué manera? —preguntó Santa Claus.

—Bueno, las pareces de ladrillo, madera y yeso no son nada para las Hadas. Yo puedo atravesarlas fácilmente siempre que quiera. Y Peter, Nuter y Kliter también. ¿No es así, camaradas?

—A menudo atravieso las paredes cuando recojo las cartas —dijo Kliter, y ese fue un discurso largo para él, y sorprendió tanto a Peter y a Nuter que sus grandes ojos redondos casi se les salieron de las órbitas.

—Por lo tanto —continuó el Hada—, puedes llevarnos contigo en tu próximo viaje, y cuando llegemos a una de esas casas con estufas en lugar de chimeneas, repartiremos los juguetes a los niños sin necesidad de utilizar la chimenea.

—Me parece un buen plan —respondió Santa Claus, muy satisfecho por haber resuelto el problema—. Lo probaremos el próximo año.

Así fue como el Hada, el Pixie, el Knook y el Ryl montaron en el trineo con su maestro la Nochebuena siguiente; y no tuvieron ningún problema en entrar en las casas de nuevo estilo y dejar juguetes a los niños que vivían en ellas.

Y sus hábiles servicios no sólo aliviaron a Santa Claus de mucho trabajo, sino que le permitieron terminar su propio trabajo más rápidamente que de costumbre, de modo que el alegre grupo llegó a casa con el trineo vacío una hora antes del amanecer.

El único inconveniente del viaje fue que el travieso Wisk se empeñó en hacer cosquillas a los renos con una larga pluma para que saltaran, y Papá Noel se vio obligado a vigilarlo cada minuto y a pellizcarle las largas orejas una o dos veces para que se portara bien.

Pero, en conjunto, el viaje fue un gran éxito, y hasta el día de hoy los cuatro pequeños siempre acompañan a Santa Claus en su paseo anual y lo ayudan en la distribución de sus regalos.

Pero la indiferencia de los padres, que tanto había molestado al buen Santa Claus, no duró mucho, y éste pronto se dio cuenta de que estaban realmente ansiosos de que visitara sus casas en Nochebuena y dejara regalos a sus hijos. Así que, para aligerar su tarea, que se estaba volviendo muy difícil, el viejo Santa Claus decidió pedir a los padres que lo ayudaran.



—Preparen sus árboles de Navidad para mi llegada —les dijo—; y así podré dejar los regalos sin perder el tiempo, y ustedes pueden ponerlos en los árboles cuando me haya ido.

Y a otros dijo:

—Procuren que los calcetines de los niños estén colgados para cuando yo llegue, y así podré llenarlos en un abrir y cerrar de ojos.

Y a menudo, cuando los padres eran amables y bondadosos, Santa Claus simplemente arrojaba su paquete de regalos y dejaba que los padres y las madres llenaran los calcetines después de que él se hubiera marchado en su trineo.

—Haré de todos los padres cariñosos mis ayudantes —gritó el alegre anciano—, y ellos me ayudarán a hacer mi trabajo. Porque así ahorraré muchos minutos preciosos y pocos niños serán descuidados por falta de tiempo para visitarlos.

Además de transportar los grandes paquetes en su veloz trineo, el viejo Santa Claus comenzó a enviar grandes cantidades de juguetes a las jugueterías, de modo que, si los padres querían mayores provisiones para sus hijos, podían conseguirlas fácilmente; y si algún niño, por casualidad, no era encontrado por Santa Claus en sus rondas anuales, podía ir a las jugueterías y conseguir lo suficiente para sentirse feliz y contento. El cariñoso amigo de los pequeños había decidido que ningún niño, si podía evitarlo, anhelara juguetes en vano. Y las jugueterías también resultaban convenientes cuando un niño caía enfermo y necesitaba un juguete nuevo para

entretenerse; y a veces, en los cumpleaños, los padres y las madres iban a las jugueterías y compraban bonitos regalos para sus hijos en honor del feliz acontecimiento. Tal vez ahora entiendan cómo, a pesar de la grandeza del mundo, Santa Claus es capaz de suministrar a todos los niños hermosos regalos. Ciertamente, el viejo caballero se deja ver poco en estos días; pero no es porque intente pasar desapercibido, se lo aseguro. Santa Claus es el mismo amigo cariñoso de los niños que antaño jugaba y retozaba con ellos por horas; y sé que le encantaría hacer lo mismo ahora, si tuviera tiempo. Pero, como ven, está tan ocupado todo el año fabricando juguetes, y tan apurado en esa noche en que visita nuestras casas con sus paquetes, que va y viene entre nosotros como un relámpago; y es casi imposible vislumbrarlo.

Y, aunque hay millones y millones de niños más en el mundo que antes, Santa Claus nunca se ha quejado de su creciente número.

—¡Cuántos más, mejor! —exclama con su alegre risa; y la única diferencia para él es el hecho de que sus pequeños obreros tienen que hacer que sus ocupados dedos vuelen más deprisa cada año para satisfacer las demandas de tantos pequeños.

—En todo el mundo no hay nada tan hermoso como un niño feliz —dice el bueno de Santa Claus; y si por él fuera, todos los niños serían hermosos, porque todos serían felices.